BOLSILIBROS

Selección

TERROR

LOS DIFUNTOS DEL PARAÍSO

SILVER KANE

La máquina aulló estridentemente al tomar una curva. Los pensamientos de aquel hombre parecieron romperse.

De pronto la chica había desaparecido. Era como una sombra que se esfuma pese a lo poco que andaba. Los dos hombres se miraron y luego miraron de nuevo aprensivamente aquel alargado *paquete*.

La muchacha, mientras tanto, ya había regresado a su departamento. Una línea sombría cruzaba su rostro a pesar del maravilloso paisaje que se divisaba más allá de la ventana. No podía evitarlo; desde que emprendió aquel viaje se sentía rodeada de muerte.

Y eso que no sabía que la muerte acababa de golpear ya. No sabía que otro hombre había volado al vacío antes de entrar para siempre en el Más Allá. Ignoraba que en este momento, desde el infinito, quizá sus ojos la estaban mirando.



Silver Kane

Los difuntos del Paraíso

Bolsilibros: Selección Terror - 89

ePub r1.0

Titivillus 11.05.15

Título original: *Los difuntos del Paraíso*
Silver Kane, 1974
Diseño de cubierta: Enrique Martín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

INTRODUCCIÓN

El tren dejaba a la derecha las playas de la Costa Azul, las pequeñas poblaciones que parecen rústicas, pero en las que sólo viven los millonarios, y los suaves acantilados que ya casi bordean con la frontera italiana. A la izquierda quedaban las montañas y la tortuosa carretera llamada La Corniche, que cada año recorren millones de turistas ansiosos de sol.

La muchacha que iba en un departamento individual de uno de los coches cama miró tristemente por la ventanilla y luego se dirigió poco a poco al furgón de equipajes, que iba en cabeza. Los dos empleados que estaban allí contemplaron con admiración sus curvas, su vestido de excelente corte y las líneas distinguidas de su rostro. Pocas mujeres se veían tan guapas como aquélla, incluso en una zona donde suelen reunirse las bellezas más espectaculares del mundo. Y sin embargo había en el rostro de aquella mujer algo que no podía definirse, algo que causaba un escalofrío sin que se supiera por qué. Algo que quizá era siniestro.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó la muchacha.

Señalaba con la mirada una gran caja situada al fondo del vagón. Los dos hombres la contemplaron aprensivamente.

—Sí, señorita —dijo uno de ellos—. Todo ha ido bien. Enseguida llegaremos a la Riviera.

—Tengo allí mucho trabajo —dijo ella—. Demasiado. Casi siento deseos de no llegar.

—¿Qué clase de trabajo?

—No puedo explicarlo.

Y giró para regresar, mostrando la línea turbadora de su espalda. Uno de los empleados musitó sin poder evitarlo:

—Y pensar que una mujer así está rodeada de muerte…

La máquina aulló estridentemente al tomar una curva. Los pensamientos de aquel hombre parecieron romperse.

De pronto la chica había desaparecido. Era como una sombra que se esfuma pese a lo poco que andaba. Los dos hombres se miraron y luego miraron de nuevo aprensivamente aquel alargado *paquete*.

La muchacha, mientras tanto, ya había regresado a su departamento. Una línea sombría cruzaba su rostro a pesar del maravilloso paisaje que se divisaba más allá de la ventana. No podía evitarlo; desde que emprendió aquel viaje se sentía rodeada de muerte.

Y eso que no sabía que la muerte acababa de golpear ya. No sabía que otro hombre había volado al vacío antes de entrar para siempre en el Más Allá. Ignoraba que en este momento, desde el infinito, quizá sus ojos la estaban mirando.

CAPÍTULO PRIMERO

El policía miró el cadáver, que los auxiliares acababan de tender sobre la mesa, y encendió un cigarrillo inglés, que aspiró con deleite. Le molestaba aquel olor sutil, penetrante, que el depósito de cadáveres comenzaba a tener. Él procuraba no entrar allí nunca en verano, cuando se iniciaban los calores fuertes y la Riviera empezaba a ser invadida por los turistas.

Pero ahora no tenía más remedio que estar allí.

El hombre que acababa de depositar sobre la mesa era —o había sido— uno de los más extravagantes científicos de Italia. Expulsado de la Academia de Ciencias por charlatán, años más tarde, un grupo de profesores de Harvard lo había propuesto para el premio Nobel. Sus teorías sobre el funcionamiento y los misterios del cerebro humano, o eran sublimes, o eran ridículas. Marco Leonardi había sido el científico más discutido, más vituperado, más independiente de la Italia moderna. Y ahora estaba allí, muerto, convertido en una especie de muñeco roto, después de haberse precipitado al mar desde unos acantilados.

¿Accidente? ¿Suicidio? ¿O quizá había intervenido en aquello la zarpa negra del crimen?

El inspector Gianini dio otra chupada a su cigarrillo inglés. Le fastidiaba aquello, no podía negarlo. A las once llegaría a Imperia, en el subexpreso, una artista de variedades de la que esperaba grandes cosas —en la intimidad, desde luego— y a la que tenía interés en ir a recibir. Y ya eran las diez y media.

Arrojó el cigarrillo con un gesto de fastidio.

—Bueno, ¿nadie sabe nada? ¿Nadie ha visto nada?

Uno de los dos *carabinieri* que esperaba junto a la puerta se pasó la mano sudorosa por su ancha cinta blanca, que cruzaba el uniforme.

—Lo encontramos entre las rocas, inspector, al hacer un

recorrido rutinario de patrulla. Había caído desde unos quince metros de altura y se destrozó las costillas. Alguna de éstas debió de clavarse en sus pulmones, porque ya ve que ha tenido hemorragia. Bueno, eso es todo lo que sé.

—Caray, pues ya sabe bastante. ¿Tiene algún interés por la medicina?

—Ninguno, inspector. Sé eso porque mi madre murió del mismo modo.

—Ya, ya…

El inspector, sin transición hizo un gesto de aburrimiento.

—Para mí, mientras no se demuestre lo contrario, esto ha sido un accidente —declaró—. Marco Leonardi tenía costumbre de pasear por los sitios más ásperos y difíciles de la costa, sobre todo en verano. A lo mejor espiaba a las bañistas, el tío… Debió de resbalar y cayó. Nadie podía tener interés en matar a un hombre así, que no deja detrás suyo ni secretos atómicos ni apenas dinero. De todos modos habrá que hacer un interrogatorio a todos los vecinos de Leonardi, de todos los que le trataron últimamente, por si en su vida había algo que marchase peor que lo de costumbre. Nada más. Este asunto, a ser posible, hay que cerrarlo en un par de días.

Se volvió hacia la puerta dispuesto a salir, y en ese momento vio en la puerta a un hombre, junto a los dos *carabinieri*. Se trataba de alguien que acababa de llegar, y a quien no reconoció en el primer momento. Pero casi enseguida, el inspector Gianini improvisó una sonrisa de circunstancias.

—Míster Edward —dijo en aceptable inglés—. ¿Usted por aquí? ¿Qué ocurre?

Edward avanzó unos pasos. Debía tener unos treinta años y era alto, delgado, con un cierto aire distraído de profesor que sólo piensa en sus problemas. Se situó cerca de la mesa de mármol y contempló el cadáver que estaba tendido en ella.

—Me he enterado de la muerte de Leonardi —susurró.

—Vaya, veo que las noticias corren por aquí enseguida… —dijo Gianini con nerviosismo, porque ya eran las once menos veinte.

—En Oxford lo admirábamos mucho. No comprendo cómo es posible que en Italia apenas nadie le hiciera caso.

—Es que el profesor Leonardi resultaba…, ¿cómo decirlo?…

muy especial, muy extravagante —justificó el policía—. Además ya se sabe que nadie resulta profeta en su tierra. Usted se dedicaba en Oxford a la misma especialidad que el profesor, ¿verdad?

—En efecto, así es.

—Una especialidad muy rara…

—¿Rara por qué? Se trata de saber dónde almacena el cerebro humano sus conocimientos. Saber qué órganos, que conjuntos de sustancias los guardan como en un archivo. Y se trata de saber también si esos órganos o esas sustancias podían ser trasladadas a otro ser humano para que los conocimientos de los que mueren no se perdiesen. Para que pudieran pasar a los vivos.

El inspector Gianini se estremeció. Él creía que todo aquello eran mandangas, pero de todos modos resultaban unas mandangas de un carácter especialmente siniestro. Eso de que todo lo que un muerto sabía, incluso lo más secreto, se transmitiera a un vivo… Se encogió de hombros y dijo con desagrado:

—¿Ustedes creen de verdad en esas teorías?

—No sólo las creo, sino que estoy dispuesto a ponerlas en práctica.

—¿De qué modo?

—El profesor Leonardi ha muerto en accidente —susurró—, y su cerebro está intacto. Durante unas horas no habrá adelantado de manera notable el proceso de descomposición de sus células. Eso significa que podría extraer unas mínimas partes de su cerebro y aplicarlas al de otra persona. Esa persona sabría posiblemente, todo lo que el profesor supo.

Gianini dio un respingo. Se olvidó bruscamente de la hora y de que la artista que iba a llegar en el subexpreso tenía unas piernas que mareaban.

—¿Es que sabe ya en qué rincón del cerebro se almacenan los conocimientos de un hombre?

—Sí; incluso los periódicos han hablado de eso, aunque refiriéndose siempre, como es lógico a una fase experimental. Existe un determinado ácido que el cerebro produce y cuyo nombre no le doy por no marcarle. Ese ácido es susceptible de ser trasladado de un ser humano muerto a un ser humano vivo, y con ello parte de los conocimientos del que ha dejado de existir.

—Pero eso es inútil… Los científicos ya transmiten sus

conocimientos por medio de lo que escriben y hablan. Existen conferencias grabadas en cinta magnetofónica, existen libros…

—No es lo mismo —dijo Edward pacientemente—, porque con el sistema de que le hablo se puede llegar hasta la última fase de sus conocimientos, hasta lo que pensaban en el momento de morir, y por otra parte, existen hombres, como por ejemplo el propio Leonardi que apenas escribieron nada. Si lo que digo resultara cierto, además, ustedes, los policías tendrían muchos casos resueltos automáticamente. Un asesinado podría decir, por medio de ese trasplante de células cerebrales quien lo despachó de este mundo.

Gianini apretó los labios. La idea desde luego, resultaba sugestiva, pero peligrosa.

—Y se sabrá también si uno engañó a su mujer o no ¿verdad?

—Cuando uno ha muerto, ¿qué importa lo que la esposa piense?

—Sí, claro… —Gianini emitió una risita nerviosa, pensando en su artista de variedades—. Lo importante es que la mujer no lo sepa mientras uno está vivo. ¿Y qué piensa hacer? ¿Es que… acaso se le ha ocurrido algo con respecto a Leonardi?

—Se han dado dos circunstancias muy especiales —dijo calmosamente Edward—, una de ellas la muerte de Leonardi; otra, el hecho de que una niña, hija de unos colonos de la casa donde vivo actualmente, va a sufrir la trepanación, es decir levantamiento de la tapa craneana, para extirparle un pequeño tumor que al crecer le causaría la muerte. No será difícil obtener el permiso de sus padres para introducirle durante la operación una pequeña parte de las sustancias cerebrales del profesor muerto. Por descontado no habrá en ello ninguna clase de peligro, y el médico que la opere tendrá que estar conforme.

—Usted es una autoridad internacional en esta materia, míster Edward —dijo el policía de mal humor—, pero lo que dice es una monstruosidad. ¡Una niña sabiendo todo lo que sabía ese hombre…!

—Sólo sabrá una pequeña parte. Es un experimento.

—Imagine que el profesor Leonardi fuera un desviado sexual…

—No lo era.

—¡Diablos, esto es atentar contra la integridad de una persona! ¡Es transformarla sin que ella quiera!

—Los progresos científicos siempre han escandalizado a la gente —susurró Edward—, si todo el mundo pensara lo que piensa usted,

nunca se progresaría.

—No podrá tocar a Leonardi —dijo el inspector sombríamente —. ¡Su cuerpo pertenece a la ley!

—Solicitaré permiso al ministerio —dijo Edward tranquilamente —. Como él no tenía familiares, la cosa será sencilla. Lo único que me molesta es la premura del tiempo. Pero me pondré a trabajar enseguida.

Hizo un saludo y salió.

Gianini lanzó una maldición.

—Monstruoso… Monstruoso… —gruñó entre dientes—; eso es atentar contra la libertad individual. Es… bueno, además no hay que preocuparse, resultará un fracaso.

Pero de pronto se le ocurrió pensar qué sucedería si a él le transmitieran parte de las células cerebrales de un tipo que hubiera sido un gran conquistador y que hubiese tenido docenas de mujeres a sus pies. ¡Automáticamente él, Gianini, sabría todos los trucos!

Y el experimento la verdad, ya no le parecía tan detestable.

* * *

Miró el reloj aprensivamente y dio las últimas instrucciones a sus hombres.

—Por el momento, nada de tocar el cadáver de Leonardi. Si viene el forense que no haga la autopsia; hemos de esperar a tener noticias de este chiflado de doctor Edward. Y en cuanto a los familiares, si es que aparece, alguno, no le dejéis sobar el cadáver para nada.

—¿Pero qué familiares, inspector? ¡Si Leonardi no tenía un mal pariente que echarse a la cara!

Gianini miró al agente que acababa de hablar.

—¿Y qué sabes tú, desgraciado? A lo mejor tenía una querida con la que se casó en secreto. Una sabihonda, seguramente. Se pasarían las grandes juergas los dos, hablando de la fórmula de la gasolina sintética.

De pronto dio un manotazo a la mesa de mármol.

—¡Maldita sea, no discutamos más! ¡Se me va a hacer tarde! ¡He dicho que el cadáver de Leonardi no puede tocarlo nadie hasta que

tengamos alguna noticia de Edward! ¿Entendido?

—Entendido, inspector.

—Entonces, hasta luego.

Gianini fue a salir. En este momento uno de los agentes extrajo una libreta de notas.

—Convendrá que montemos un servicio de vigilancia en el lugar por el que se despeñó este hombre, ¿no? Lo de siempre; cosa rutinaria.

—Por supuesto, pero sin exagerar; sólo dos hombres. Dentro de unas horas telefonearé por si hay noticias.

Consultó de nuevo su reloj, eran las once menos ocho minutos, tenía el tiempo justo para llegar a la estación y ser el primero en desmayarse con las piernas de la *vedette*.

Pero uno de los *carabinieri* susurró:

—Va usted atrasado, inspector. Son las once menos dos minutos.

Gianini lanzó una imprecación. Salió con tal velocidad que por poco rueda escaleras abajo.

CAPÍTULO II

El expreso de Roma se detuvo unos instantes en la estación de Imperia, en plena Riviera dei Fiore italiana, uno de los lugares más amables y encantadores del mundo.

Hacía un magnífico sol.

Aunque no era plena temporada, puesto que acababa de empezar el verano, había ya muchos turistas en la Riviera. Del tren descendieron unos cuantos matrimonios americanos que venían de la Costa Azul, un hombre serio, con aspecto de banquero suizo o alemán, acompañado de una sospechosa secretaria de caderas opulentas y no más de veinticinco años; dos nodrizas, unos cuantos niños de aspecto enfermizo, que sin duda pensaban beneficiarse del sol detonante de la Riviera; un periodista con cara de alcoholizado, que tal vez iba a jugarse allí su última oportunidad… Y descendió también una muchacha.

Tendría unos veintidós años y era muy bonita, endiabladamente bonita. No tenía la opulencia de la secretaria del banquero, por ejemplo, pero todo en ella resultaba más distinguido, más refinado, más selecto. Y no le faltaba nada en ninguna parte, desde luego. Eso se veía.

Quedó unos minutos inmóvil en el estribo del tren antes de descender, como buscando a alguien con la mirada.

Algunos maleteros la contemplaron

Y es que la chica tenía de todo; lo mismo para entusiasmar a un maletero que a un duque.

Vestía con un traje chaqueta gris marengo, zapatos de alto tacón, medias negras y un soberbio bolso de viaje de piel de cocodrilo; hubiera tenido que llamar por fuerza la atención de cualquier hombre.

Sus bonitos ojos azules contrastaban con sus cabellos negros. Los ojos se cerraron un momento cuando no encontraron a la persona

que buscaban.

El periodista con cara de alcoholizado dijo a un compañero que había acudido a recibirle:

—Fíjate…

—¿Ha venido contigo en el tren? ¿Cómo no le has dado conversación?

—Venía en otro departamento. No me he dado cuenta.

—Es un auténtico monumento.

Los dos hombres la envolvían con miradas codiciosas, aunque ella no parecía notarlo.

—Lo es, diablos. Tiene la distinción de una maniquí y, al mismo tiempo, una belleza explosiva. Y cómo viste; bueno, si se queda en Imperia ya tendremos ocasión de conocerla.

—Voy a hacerme el encontradizo —dijo el periodista.

En aquel momento la muchacha bajó del estribo y empezó a andar por el andén.

Los ojos de los hombres parpadearon.

—Lástima —dijo el periodista.

—Lástima —repitió el otro, con los dientes apretados.

La chica cojeaba al andar. Cojeaba bastante, deformándose su cadera a cada paso. Los dos hombres se dieron cuenta ahora de que llevaba medias negras no por capricho ni por coquetería, sino porque así se disimulaba mejor el leve vendaje que casi cubría una de sus pantorrillas.

En una de las puertas del andén acababa de aparecer un hombre. La muchacha le miró. Sus ojos parpadearon. Por unos segundos se le notó indecisa.

El hombre también vaciló unos momentos. Era de mediana edad e iba irreprochablemente vestido de negro, como un empleado de pompas fúnebres. Pero por su aspecto intelectual más bien parecía un abogado de ricos, un administrador de fortunas, o un notario.

Se acercó a la muchacha y le tendió la mano inclinándose cortésmente cuando ella se la estrechó a su vez.

—Señorita Nora…

—La misma.

—Perdone que no la haya reconocido al instante. He tenido que fiarme de la última fotografía que usted nos envió. Yo soy Giuseppe, el administrador de su señor tío. ¿Ha sido pesado el viaje?

¿Cansada?

Giuseppe hablaba inglés con la corrección de un nativo. Y además sabía darle acento de Brooklyn, lo que tenía indiscutible mérito. La muchacha mantuvo la conversación en el mismo idioma.

—No. El viaje no ha sido pesado. Tomé anoche el avión de la línea Nueva York-Niza y hace unas horas desde Niza he tomado el expreso de Roma. Además en el avión, viajando en clase «presidente» se puede dormir con comodidad. Me siento tan fresca como si acabara de levantarme.

—De todos modos le convendrá descansar durante todo el día de hoy. He hecho que le preparen una habitación con vistas al mar, y le servirán el almuerzo sin que tenga que bajar al comedor. Digan lo que digan viajar en avión no es tan cómodo como viajar en barco.

—¿Ha estado usted en Nueva York?

—Varias veces. He trabajado allí como profesor de idiomas.

—¿Cuántos habla? —preguntó Nora con una sonrisa.

—Siete.

—Es todo un récord.

—No le dé importancia. Los italianos tenemos mucha facilidad para aprender idiomas, ¿sabe? Los necesitamos para sobrevivir. Durante las épocas de guerra nos invaden siempre los ejércitos extranjeros y durante las épocas de paz, nos invaden los turistas. Yo nací en la Riviera, y siendo niño ya aprendí cuatro idiomas.

Como si temiera haber hecho perder demasiado tiempo a la señorita con sus explicaciones, Giuseppe paseó por el andén una mirada circular y pregunto:

—¿Y su equipaje?

—Va en el furgón y lo descargarán enseguida. Traigo bastantes bultos. Supongo que ha venido usted en coche.

—¡Oh, las mujeres necesitan docenas de vestidos cuando vienen a la Riviera! Me hago cargo. Precisamente por eso he traído el coche mayor que tenemos. Una rubia Nash, donde cabrán todos los baúles. No se preocupe.

Ella levantó una mirada al cielo que se extendía puro y azul por encima de los edificios de la estación.

—Hace un magnífico tiempo en la Riviera. Me lo habían dicho pero no lo creía. Mejor tiempo que en la Costa Azul.

—Siempre hace aquí buen clima. La Riviera es un paraíso

durante todo el año, como Capri o como Málaga. ¿Usted hace mucho que falta de aquí, verdad?

Nora sonrió haciendo un divertido gesto con la mano.

—¡Huy! Muchos años. Cuando era sólo una niña… bueno tan niña que casi no había aprendido a hablar, mi tío me envió a Estados Unidos. Alemania acababa de invadir Polonia y se sabía que Italia entraría en la guerra de un momento a otro. Quiso evitarme a mí los horrores de una guerra y por eso me envió a América, con la condición que debía terminar allí mis estudios.

—Y ahora es usted una encantadora señorita —dijo galantemente Giuseppe—. Si admite un cumplido de un viejo italiano amante de la belleza, le diré que todos los hombres la miran, y yo opino que con razón.

Nora sonrió. Sabía que todos los hombres la miraban porque ahora estaba parada, como en el estribo del tren, pero que dejarían de mirarla cuando anduviese. Sin embargo, esta certidumbre no quitó amplitud a su sonrisa.

—Los italianos son muy exagerados —dijo.

Salieron al exterior. Aparcado junto a la estación había un magnífico Nash, tipo furgoneta. Nora lo señaló, previa una indicación de Giuseppe a los tres maleteros que venían tras ella. El administrador abrió la portezuela y los maleteros empezaron a cargar los bultos.

—¿Está todo? —preguntó el administrador.

—No. Aún falta otro bulto. Tienen que hacer un segundo viaje.

Los maleteros regresaron al interior de la estación y volvieron portando una gran cesta de mimbre que apenas podían levantar entre los tres.

—¿Pero qué traen aquí? —preguntó Giuseppe—. ¡Cielo santo, eso debe de pesar como el plomo! ¿Qué hay ahí dentro?

Nora le miró tranquilamente a los ojos y susurró:

—Un cadáver.

* * *

El automóvil con sus veinticinco caballos de potencia remontaba la encrespada montaña como si ésta fuese una planicie.

La carretera estaba bien cuidada, pero era estrecha y tenía muchas curvas. A pesar de los diez grados de pendiente de la ruta, la montaña era tan extensa que daba la sensación de que nunca terminaba. Giuseppe con la voz un poco turbada y ronca, rompió el silencio para decir:

—Aquí hacen falta coches americanos, coches con muchos caballos. Si uno lleva un automóvil pequeño, el motor sufre demasiado en cada una de las curvas.

—Sí, ya me he fijado, son diabólicas. ¿Y la casa? ¿No se ve aún? Llevamos mucho rato subiendo.

Giuseppe tenía unas gotitas de sudor entre los ojos. Sus manos casi temblaban al manejar el volante.

—Sí, llegaremos dentro de un minuto. —Tomó otra curva y señaló hacia arriba—. ¿Ve?

Nora miró hacia el punto señalado.

Casi de repente una casa blanca acababa de aparecer sobre las rocas, una de sus fachadas miraba al mar y la otra al bosque. Desde sus terrazas debía distinguirse Imperia y todas las ciudades limítrofes de la Riviera italiana. La casa era enorme, pues tenía al menos dieciocho habitaciones. En aquel lugar, y con los precios cada vez más elevados que imponía el turismo, la finca había de significar una incalculable fortuna.

Y era tan blanca, tan fina, tan delicada como una flor entre las rocas que miraban al mar.

—No la recordaba —musitó Nora—. Salí de aquí cuando tenía… ¿qué debía tener? Quizá dos años. Volver a Italia, mi país es para mí un viaje a lo desconocido.

—Hay pocas fincas tan valiosas en toda la Riviera, señorita. Y por suerte no sufrió durante la guerra. Sólo se alojaron en ella unos oficiales alemanes y después unos americanos; pero no causaron desperfectos. Su tío ha invertido mucho dinero además. En el jardín hay esculturas de gran precio, y en los salones podrá ver pinturas dignas de un museo. Se dará cuenta de que es hermoso vivir allí.

Giuseppe hablaba tratando de dominar sus nervios, pero era peor. Al tomar una nueva curva, estuvo a punto de sacar el coche de la carretera e ir a parar a los horribles acantilados que se abrían abajo.

Nora ni siquiera se inmutó.

—¿Por qué está nervioso, Giuseppe? —preguntó mirándole.

—¿Y me lo pregunta?

—¿Es… por eso?

Y señaló el gran cesto de mimbre que colocado en la parte trasera del coche, casi rozaba la cabeza del administrador.

Giuseppe no se atrevía ni a respirar.

—Es usted una muchacha extraña, señorita Nora.

—¿Por qué lo dice? Soy una chica normal.

—Perdone, pero…

—No le gusto.

—Yo no puedo permitirme decir esto —susurró Giuseppe—. Tengo un buen empleo aquí y respeto a su tío. Además si lo dijese tampoco sería cierto. Al primer golpe de vista me ha parecido usted una muchacha de lo más agradable.

—¿Y ahora…?

—Lo único que digo es que es usted una mujer extraña. Perdone, pero no es como las otras.

—¿Ha influido mi cojera en su opinión, verdad? —preguntó ella sin inmutarse—. Usted se ha dado cuenta de repente, de que camino de una forma extraña y un poco siniestra, como si de pronto fuera a saltar sobre alguien. No quiere reconocerlo, pero si me viera andar durante la noche por el parque de la casa se asustaría ¿no es eso?

—Yo soy un hombre mayor. No me asusto.

Ella sonreía de una manera indescriptible.

—Y luego está… eso.

Volvió a señalar con el mentón el gran cesto de mimbre. Giuseppe tuvo un estremecimiento.

—Uno a veces se ve obligado a no hacer preguntas —dijo—. Uno trata con personas respetables y ricas como usted y no piensa lo que pensaría si se tratase de una persona cualquiera.

Ella encendió un cigarrillo y exhaló humo lentamente.

—Quiere decir que si yo no fuese quien soy, es posible que hubiese avisado a la policía, ¿verdad?

—No, no es eso… —El hombre tragó saliva—. Supongo que cuando usted lleva eso ahí, tiene permiso para hacerlo. El bulto ha venido desde Nueva York y ha tenido que pasar por las aduanas. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Sólo que ha pasado por tres aduanas no

por dos. En Nueva York, en el aeropuerto, también lo revisaron. Traigo aquí la documentación. ¿Quiere verla?

Giuseppe respiró ahora con más calma.

—Por Dios, señorita…

—Claro, ahora no puede. Está conduciendo. Pero más adelante se la enseñaré para su tranquilidad.

—Yo no le pido nada. Yo sólo soy el administrador. No pido, sino que, al contrario deberé entregarle cuentas cuando su señor tío muera.

—¿Están los otros herederos ya ahí?

—Sí. Sus primos Hans y Edward, y su tía la señorita Patrick. Todos esperan el fatal desenlace de un momento a otro.

—Entonces somos como los cuervos, ¿verdad? Que esperan el botín. Somos como pájaros negros.

—Por Dios, no hable de pájaros negros…

—¿Por qué?

—Nada. Es un mal recuerdo…

Ahora enfilaban ya una carretera recta que llevaba hacia la casa. Se apreciaba desde aquella distancia, ya menor, toda la magnificencia y esplendor del edificio. A un lado, entre el bosque y los acantilados, las ventanas daban a un campo de golf. Junto al porche blanco había mesas y sillas de metal y varios parasoles.

—Somos una familia muy internacional —dijo Nora cambiando de conversación—. Repartidos por las cinco partes del mundo, no nos hemos visto nunca. ¿Hans es alemán?

—Sí, señorita. Un sobrino menos directo que usted desde luego, porque usted lleva incluso el apellido de su tío. Usted es Nora Patrick. Hans pertenece a la otra línea, pero también le corresponderá alguna parte de la herencia.

—¿Y Edward?

—Es inglés. Profesor de ciencias en Oxford, una persona distinguida. Ha venido desde allí expresamente.

Nora echó la cabeza hacia atrás. Llegaban a la casa. Vio dos figuras masculinas y una femenina aguardando en el porche.

Susurró:

—La mujer debe de ser mi tía, la señora Patrick ¿verdad?

—En efecto.

—Parece muy joven…

—Sólo tiene cuarenta años.

Nora entornó los párpados.

—¿Cuándo se casaron?

—Poco después de la guerra. Yo sé que eran muy felices al principio. Ella tiene…, ¿cómo diría yo?… tiene *chic*, distinción. Además es su segunda mujer. Se llevan más de veinte años.

—Ya.

Llegaron ante la casa, y Giuseppe frenó suavemente el coche. Sobre los rostros de las tres personas que aguardaban, brillaba el sol de mediodía. Nora se dio cuenta de que Hans —no podía ser otro por sus facciones germánicas—, tenía el rostro ancho y un poco brutal; Edward era elegante y distinguido. En cuanto a Susan Patrick, de soltera Susana Amoreux, era una francesita con una gracia picante y sensual, que parecía olerse a distancia como un aroma. El administrador había dicho que tenía cuarenta años, pero no aparentaba más de veintiséis. Vestía una pieza ajustada, y con forma de túnica, medias claras y zapatos blancos de alto tacón.

Se movió con una gracia inimitable cuando se acercó al coche.

—Tú eres Nora, por descontado —susurró.

Nora se había fijado atentamente en su figura. Pero al descender del coche chocó con los ojos de la mujer, unos ojos que nada tenían que ver con aquella gracia alada y especial de sus movimientos. Eran unos ojos negros, indiferentes, crueles. No palpitaba en ellos la menor sombra de humanidad.

—Soy Nora —dijo poniéndose en pie.

—Dame un beso.

Las dos mujeres se besaron en las mejillas. Nora se dio cuenta de que Susan Patrick tenía los labios fríos.

—Ven, te presentare a Hans y a Edward.

Sus dos primos se habían acercado también. Hans, al estrecharle la mano, dio un taconazo, como una presentación militar. Edward más fino pero también menos disimulado, porque se fijó con demasiada insistencia en los poco graciosos movimientos de Nora.

Después de las presentaciones entraron en la casa. El vestíbulo era enorme y lujoso, y a él se abrían tres puertas. Edward fue en dirección a una mesita sobre la que había una bandeja de plata y botellas.

—Te prepararé un combinado —dijo a Nora—. Te sentará bien

después de un viaje tan largo.

Hans hizo funcionar un tocadiscos.

—¿Te gusta el *jazz*?

—Antes que nada quisiera ver a tío Patrick —dijo Nora lentamente—. He venido para eso desde Nueva York. ¿Dónde está?

Edward no contestó, y siguió preparando el combinado.

Hans permitió que saltaran al aire las primeras notas de la trompeta de Armstrong.

—Está ahí —susurró Susan indicando una de las puertas.

Nora, arrastrando dificultosamente su pierna se acercó a ella y la abrió.

Sí, allí estaba su tío Patrick.

Sentado en una de las butacas, bien vestido, con una solemne y quieta expresión.

Demasiado quieta y demasiado solemne.

Porque estaba muerto.

* * *

Nora sintió que ponían algo helado en sus dedos. El frío se transmitió en todo su cuerpo, a través de la espina dorsal. Tardó treinta largos segundos en darse cuenta de que Edward había depositado en su mano derecha un vaso mediado de *whisky*, en el que flotaban como islotes tres grandes cubos de hielo.

La muchacha susurró:

—Está muerto…

—Lo estaba ya hace quince minutos, cuando tú subías en el automóvil las primeras curvas de la montaña.

Nora comprendió que necesitaba beber, pero no pudo. De repente, al mirar los cubos de hielo, éstos le parecieron viscosos y repugnantes. Sus dedos se abrieron y sin que se diese cuenta, el vaso cayó a tierra rompiéndose en mil pedazos.

Sintió a su espalda la presencia de Susan y de Hans. De pronto ésta, dejando de ser una esposa joven, había pasado a convertirse en una viuda. Por la cabeza de Nora pasó el loco pensamiento de que todo cambiaría cuando ella estuviese vestida de negro.

—Está muerto… —susurró de nuevo.

—Lo esperábamos de un momento a otro —dijo Susan—. Su enfermedad no tenía remedio.

—Pero vosotros lo sabíais al recibirme. Y, sin embargo, habéis preparado unos combinados, habéis puesto música de *jazz* y…

—Él lo dispuso así —dijo Susan.

—¿Qué es lo que dispuso?

—Que todo continuase normalmente cuando él se fuera. Que obrásemos como si no hubiese existido jamás.

—Pero ha existido —dijo Nora con un soplo de voz—. Existía hace sólo quince minutos, cuando yo empecé a subir la montaña. Ahora nos ve a través de los cristales opacos y a través de las paredes pero entonces pertenecía a nuestro mundo. ¿Por qué ha muerto así? ¿Por qué está muerto y vestido en esta butaca, como si esperara a alguien?

—Es que en realidad estaba esperando.

—¿A quién?

—A ti.

Nora miró los ojos del muerto. Los ojos del muerto estaban abiertos y parecían contemplarla a ella. Parecía como si en cualquier instante tío Patrick hubiera de levantarse y ponerse a andar, sólo para acercarse a Nora.

Y Nora Patrick lanzó de repente un grito y se cubrió el rostro con ambas manos.

Intentó retroceder, pero su pierna lisiada le falló y cayó pesadamente a tierra.

Hans acudió a levantarla. Pero Nora se dio cuenta de que los ojos del hombre, diabólicamente fijos, estaban posados en sus piernas.

—Eres muy bonita —jadeó—. Nunca creí que fueses… tan perfecta.

La puso en pie.

—¿Qué te ocurre en las piernas? —preguntó Susan.

—Creo haberlo explicado cien veces en las cartas —dijo acremente Nora.

—Nosotros… —protestó Susan.

—¡Dios mío, podíais haberos fijados mejor! Comprendo que es desagradable pero allí hay un retrato mío.

Todos miraron por encima de los cabellos del muerto hacia la

pared del fondo de la sala. Había allí varios retratos enmarcados, ya amarillentos, de los familiares de Patrick. Uno de esos retratos reproducía una niña de unos dos años aproximadamente, a la que sin duda habían hecho entonces la primera foto sosteniéndose sobre sus propias piernas. La derecha tenía un aparato de metal sujetando toda la pantorrilla, como los que se usan para algunos atacados de parálisis infantil.

—Esa soy yo —dijo—. Tío Patrick mismo me sacó esta foto poco antes de marcharme de Italia.

—¡Es que han pasado tantos años! —dijo Susan—. Creímos que eso se había resuelto ya. Tú eres al fin y al cabo, una muchacha normal de una universidad norteamericana.

—Soy normal —dijo Nora—. Excepto para bailar y correr.

Edward con expresión reflexiva murmuró:

—No has debido de pasar muchos peligros en tu vida.

—¿Por qué?

—Es un decir… Temo que los corras… Temo que si alguien te persigue alguna vez. Resulta estremecedor pensar… que te alcanzaría enseguida.

Sin saber por qué los ojos de Nora fueron hacia los ojos del muerto. Aquellas pupilas inmóviles seguían espantosamente fijas en ella. La muchacha percibió un ruido que parecía muy lejano y que, sin embargo, era el castañear de sus propios dientes. Edward cerró la puerta.

—Pasa al vestíbulo —invitó—. De todos modos te conviene tomar un trago.

Fue hacia la bandeja de las botellas y preparó otro vaso, pero esta vez vertiendo cinco dedos de coñac solo.

—Toma.

Nora bebió. Bebió tan aprisa que sintió el licor como fuego líquido derramándose en sus venas.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias… Mucho mejor.

—Reconozco —dijo Edward— que la situación, así de repente, es como para impresionar a cualquiera.

—¿Por qué lo habéis dejado con los ojos abiertos?

—Él lo pidió.

—¿Lo pidió?… ¿Por qué?

—Dijo… Bueno, dijo algo que no tiene sentido. Dijo que quería verte.

Un soplo de aire helado pareció pasar por la habitación.

—¿Y qué dijo más?

Los músculos del cuello de Nora se movían lenta y espasmódicamente, indicando el esfuerzo que tenía que hacer para mantener el ritmo de la respiración.

Ahora fue Susan la que musitó:

—Dijo que tenías que quedarte a solas con su cadáver. Dijo que quería que lo embalsamases tú.

CAPÍTULO III

La sala estaba alumbrada por una luz espectral difusa, que daba a todos los objetos unos relieves irreales. En aquella sala únicamente había una enorme mesa, dos sillas de metal y la lámpara.

Situada en los sótanos, no llegaba hasta allí ningún sonido. Parecía como si uno estuviera muy lejos, en una isla desierta, quizá en un desconocido mundo.

Sólo dos personas se encontraban en aquella sala. Mejor dicho, dos personas vivas y una muerta.

El muerto era Patrick, cuyo cuerpo Nora acababa de embalsamar.

Nora vestía una bata blanca, grandes guantes de goma que le llegaban hasta el codo y zapatos bajos. Se había puesto unas grandes gafas que daban atractivo más especial, más inquietante a su rostro.

El hombre que la ayudaba también llevaba bata blanca. Tenía un aspecto sencillo y humilde, de campesino italiano de las montañas. Sin embargo había resultado el ayudante más experimentado que la muchacha pudo soñar encontrar allí.

El trabajo ya estaba concluido. El cadáver ya embalsamado, podía durar años, quizá siglos, con su aspecto actual.

Nora lazó un suspiro de cansancio.

—Gracias, Luigi —susurró—. Nunca creí que usted pudiera ayudarme con tanta eficacia.

Nora hablaba un italiano dulce, fluido, como una auténtica nativa de la Riviera.

—Ya le he explicado que sólo tuve un oficio —musitó él—. Durante los años que estuve en Roma. Era mozo en la facultad de medicina y me destinaron al depósito de cadáveres. Al principio sólo limpiaba las mesas y los suelos con una manguera, pero

después, para ganarme unas liras extra fui ayudando a los médicos en las autopsias. Llegó un momento en que los trabajos preliminares, como por ejemplo abrir los cadáveres, los hacía yo. Luego me aburrí de aquello y volví al campo, a mi tierra. Aquí me casé y tuve la suerte de entrar como guardián en la finca de su señor tío. Nunca imaginé que algún día llegaría a embalsamar su cuerpo.

Miró con aprensión el cadáver desnudo, cuyos ojos aún seguían extrañamente abiertos.

—Su última voluntad fue que lo embalsamara yo —dijo Nora con indiferencia— y la última voluntad de los difuntos debe cumplirse siempre. Por eso lo he hecho. ¿Quiere ayudarme a vestirlo Luigi?

—Sí, por supuesto… Oiga, señorita Nora.

—¿Qué?

—La he estado observando y es usted muy joven… y muy bonita.

—Gracias, Luigi.

—Lo digo porque parece extraño que tenga una especialidad así. Que en Nueva York haya estudiado para embalsamadora.

—No he estudiado para embalsamadora —explicó Nora— aunque ése sea un viejo y noble arte, que además en Estados Unidos rinde incalculables beneficios. Yo soy médico y diplomada en anatomía, pero además sé embalsamar muy bien. Mi tío Patrick, que me pagaba los estudios, estaba perfectamente enterado de esto.

—Pero es que me extraña que… Bueno, a usted no le ha causado ninguna impresión este trabajo. Y al fin y al cabo, el señor Patrick era algo así como su padre. Era su pariente más próximo.

—¿Por qué voy a impresionarme? He hecho esto docena de veces en Nueva York y además, todos los seres humanos somos iguales. Reconozco que si hubiese vivido con mi tío, quizá estaría impresionada, pero no le había visto desde que era apenas una criatura de pañales. Comprenda que, así, la situación era muy distinta.

—Sí, ya me hago cargo. ¿Pero por qué debió querer él que la embalsamara usted misma?

—Le debió parecer más digno no ser tocado por manos extrañas —susurró ella—. ¿Qué sé yo?

Con movimientos rápidos y precisos entre los dos manejaban el cadáver, vistiéndolo perfectamente. Nora seguía adoptando un aire profesional lejano y lleno de indiferencia, que admiraba a Luigi, sobre todo viéndolo en una mujer tan bonita.

—Esta semana ha sido como una pesadilla para mí —dijo el italiano mientras abrochaba los zapatos al muerto—. Toda una serie de acontecimientos concentrados en breves días, y todos ellos desagradables. Lo que le digo… ¡Una pesadilla!

—¿Pues qué le ha ocurrido?

—Primero la muerte del pobre señor Patrick… Me impresionó mucho, la verdad. Él había sido muy bueno conmigo. Luego la trepanación que hubo de sufrir mi hija pequeña. Tuvieron que extraerle un tumor del cerebro que al crecer la habría matado.

—Pero todo ha ido bien, ¿verdad?

—Perfectamente. Sin embargo tengo miedo.

—¿Por qué?

—Por lo que hicieron durante la operación. Fue su primo Edward. A mí, me dieron cien mil liras, pero creo que jamás debí consentirlo. Ahora llevo eso grabado en la cabeza como una obsesión.

—¿Qué le hicieron?

—Usted sabe que murió en accidente el profesor Marco Leonardi.

—Sí. Precisamente era una de las personas a las que yo quería ver. En Estados Unidos tiene bastante fama.

—Era un poco loco… Uno de esos tipos que nunca se sabe si son genios o farsantes. Algo así como Edward, aunque él es bastante más joven. Bueno Edward fue el que se empeñó en incluir en el cerebro de mi hija, aprovechando la operación, pequeñísimas partes del cerebro de Leonardi. Dijo que así quería demostrar que la memoria de un muerto podía pasar a un ser vivo. Yo nunca había leído algo de eso en los periódicos, pero no hice caso… De pronto me puso las cien mil liras en la mano. El médico que había que operar a la pequeña dijo que no había peligro, que él vigilaría. Se trataba sólo de inocular algo así como un ácido. El caso es que yo consentí. Pero ahora me arrepiento, y me arrepentiré toda la vida…

Nora desvió la cabeza para mirarle. Por un momento aparecieron en sus ojos helados unas chispitas de interés.

—¿Pero no está bien la pequeña?

—Muy bien.

—Entonces no tema. Se trata sólo de un experimento que seguramente fracasará.

—Es que no ha fracasado.

—¿Qué dice?

Nora dejó definitivamente lo que estaba haciendo. Sus labios temblaron un instante.

—A ver, explique eso —rogó.

—La pequeña ha empezado a reaccionar después de la operación —dijo temblorosamente Luigi— y ha hablado de cosas que no tienen sentido.

—Eso ocurre después de todas las operaciones. El cerebro tarda en volver a funcionar normalmente.

—No se trata de eso. Veo que no me comprende.

—¿Qué ocurre pues?

—Su cerebro funciona con normalidad. Ya le he dicho que la operación ha sido un verdadero éxito. Nos conoce a todos perfectamente y nos habla a todos de cosas vulgares, de lo que hablaba todos los días. Pero dice también cosas que no tienen sentido. Por ejemplo, lo de un hombre que sólo posee tres dedos… y que sabe matar.

Las manos de Nora sujetaron un instante con fuerza la mesa donde descansaba el cadáver.

Su voz tembló al preguntar:

—Probablemente eso sólo lo sabía el profesor Leonardi, ¿verdad?

—Sí. Esto estaba en su cerebro. Él conocía por la causa que fuese, a un asesino que sólo tenía tres dedos. ¡Y ahora eso lo sabe mi hija! ¡Es horrible! ¡Es algo que yo no comprenderé jamás!

—Trate de calmarse… quizá sea sólo un fenómeno pasajero. A veces en las operaciones del cerebro, ocurren cosas extrañas.

—Es que ha dicho algo más.

Nora iba de sorpresa en sorpresa. Musitó:

—¿Qué?

—Ha dicho que ese hombre de tres dedos mató al viejo Galilei. Y que volverá a matar.

—¿Quién era el viejo Galilei?

—Un propietario de las cercanías. Muy rico. Su muerte armó un gran revuelo hará unas seis semanas.

Nora apretó los labios. Su rostro indiferente y frío reflejaba sufrimiento por primera vez. Sus manos, antes tan seguras, temblaban al borde de la mesa.

—Repito que todo eso puede ser un fenómeno pasajero, Luigi. Pero haga una cosa. No deje que a su hija la vea nadie, no permita que los médicos la molesten. Yo pediré a Edward que por ahora no divulgue su experimento y se esté quieto, a ver cómo evoluciona la pequeña. Pero usted no se inquiete… Luego ella lo olvidará.

—¿Cree que es posible?

Palpitaba la esperanza en la voz del hombre. Nora susurró:

—Estoy segura.

—Usted no conoce a los niños, señorita Nora. No ha tenido ninguno.

—¿Y eso qué tiene que ver? He estudiado mucho sus reacciones.

—Pero hay que vivir con ellos y sentirlos muy adentro. Sólo se conoce bien a los niños cuando uno los ha tenido. Lo suyo es distinto. Habla como una científica, dice lo que ha leído en los libros.

—¿Y eso que tiene de malo?

—Nada, excepto que mi hija nunca olvidará.

—No piense en eso. Yo le he asegurado que sí. El cerebro de los niños se renueva constantemente y es como si naciera cada día. Debe tener fe en lo que le digo.

—Pero usted también está preocupada, señorita Nora.

Ella desvió la mirada.

—No, no lo crea.

—Hay… ¿cómo se lo diría yo? Hay miedo en sus ojos.

—¿Miedo?

Nora tuvo que desviar la mirada otra vez, después de mirar de frente unos instantes a Luigi. Sí, claro que había miedo en sus ojos, aunque ella no quisiera confesarlo ahora. La verdad era que se sentía cada vez más intranquila.

Aquello de los tres dedos de que acababa de hablar Luigi, ¿qué le recordaba? ¿Qué extraños secretos desvelaba en los rincones más profundos de su memoria?

CAPÍTULO IV

La ventana era atravesada por la luz espectral de la luna. Hasta la habitación llegaba el rumor de las olas, porque en las aguas del Tirreno se insinuaba una borrasca. La casa situada sobre el acantilado y con el bosque a su espalda, daba una sensación de soledad, de abandono, como una tumba abierta.

Nora dormía agitadamente.

Se revolvía en su lecho, daba vueltas, sentía húmedo, a causa del sudor frío, su pijama de seda, que transparentaba en parte las curvas de su hermoso cuerpo.

A veces sus puños se crispaban sobre las sábanas.

Su garganta exhalaba débiles gemidos, mientras su cabeza iba de un lado a otro, a impulsos de una pesadilla.

Sin duda estaba sufriendo.

La luz siniestra de la luna se proyectaba sobre su rostro, arrancaba reflejos a sus uñas que, de vez en cuando, inconscientemente, dejaban surcos en la propia piel de la muchacha.

Debía estar pasando por un mal sueño.

Sus facciones reflejaban espanto, incredulidad, incluso horror.

De pronto lanzó un grito. Quedó sentada en el lecho con los ojos muy abiertos y expresión alucinada.

Unas manos avanzaban hacia ella.

Eran unas manos finas, blancas, que parecían más blancas aún a la luz de la luna.

Pero estas manos no correspondían a ningún sueño.

Éstas eran reales. Pertenecían a alguien que estaba junto a ella.

Nora lanzó un grito sordo, un gemido de horror mientras intentaba apartar de sí aquellas manos, mientras trataba de cubrirse.

De pronto una voz susurró:

—¡Nora! ¡Despierta, Nora! ¡Tienes que despertar!

Ella tenía los ojos muy abiertos. No estaba dormida ya, aunque le costaba captar la realidad que la envolvía. De pronto vio al hombre que estaba cerca de su lecho. Sus labios se distendieron para gemir:

—Edward…

La luz de la luna se proyectaba sobre su primo, el profesor de Oxford. Los ojos de éste brillaban tenuemente. Hizo un gesto impulsivo para rozarla, pero ella le rechazó.

—¿Qué haces aquí?

—Te he oído gemir. Ya sabes que yo tengo la habitación contigua. Sin duda debías sufrir una pesadilla.

Edward no debía haberse acostado aun cuando aquello sucedió, porque iba impecablemente vestido. Incluso en sus labios descansaba una pipa apagada, que había olvidado retirar de ellos.

—¿Estaba la puerta abierta? —susurró Nora.

Y se cubrió enseguida, porque acababa de darse cuenta de que el pijama transparentaba casi todo su cuerpo.

—Sí, pero no me hubiese permitido entrar nunca si no te hubiera oído gemir. Creí que te pasaba algo. ¿Qué era? ¿Una pesadilla?

Nora se llevó un momento la mano a los ojos. Parecía aún asustaba y abatida.

—Sí.

—Es extraño. Una mujer como tú dedicada a la ciencia… Las pesadillas son para las sirvientas.

—Nadie tiene la culpa de sus sueños.

—¿Qué te sucedía? ¿Qué es lo que imaginabas vivir?

—Algo que no tenía sentido. Y no es posible que no haya sucedido jamás.

—Si no te explicas no lo sabremos.

—Es que nadie necesita saberlo. Es cuestión mía.

Edward se dio cuenta de que llevaba la pipa en los labios y la volvió a encender calmosamente, mientras evitaba mirar a la muchacha.

—¿Por qué no me lo explicas? —susurró—. Tú y yo en realidad somos científicos. Nos parecemos. Es natural que nos tengamos confianza.

—Ya te he dicho que no tiene sentido.

—¿Se refería a tu niñez?

—¿Cómo lo sabes?

Edward sonrió.

—Casi todas las pesadillas tienen con nuestra niñez una relación más o menos remota —dijo—. Cuanto más lejanos son los recuerdos, más miedo nos dan a veces… ¿Pero qué soñabas tú? ¿Qué ocurría?

—Ya te he dicho que era algo que no tenía sentido.

Nora se pasó otra vez los dedos por los ojos, como si intentara precisar sus recuerdos.

—Absurdo, absurdo… Ahora me doy cuenta de lo que significa y siento deseos de reír. Lo que he soñado no puede haber ocurrido nunca. Yo no puedo recordar nada que sucedió cuando ni siquiera tenía dos años.

—A veces el inconsciente nos depara grandes sorpresas. Hubo un científico que afirmó cierta vez recordar las angustias sentidas en el momento de nacer. ¿Qué recordabas tú?

—Yo era muy pequeña y paseaba por el jardín de esta casa.

—Ello no tiene nada de extraño, puesto que tú viviste aquí.

—Iba por una zona cercana al mar… y de pronto aparecía un león.

Edward lanzó una carcajada. Tuvo que sostenerse a toda prisa la pipa porque ésta caía de entre sus dientes.

—¿Un león aquí? ¿Es que has bebido?

—Ya te he dicho que te reirías.

—No, no… perdona; en realidad comprendo que no he debido reírme, pero es que tu sueño tiene escasa lógica.

—Ningún sueño la tiene.

—Algunos sí. De todos modos lo del león resulta muy gracioso. ¿Y tú qué hacías?

—Me asustaba mucho… Era un león que aparecía de repente… Pero que no rugía. No hacía nada. Sólo me miraba muy fijamente y yo me asustaba cada vez más. Había aparecido de pronto, al separar unos altos tallos de hierba. Entonces alguien me llamaba. Alguien que quería ayudarme.

—¿Quién?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —susurró Nora.

—Alguna idea tendrás. Algo sucedería a tu espalda.

—Si algo sucedía… Pero es precisamente lo más siniestro, lo más horrible. Yo gritaba, y alguien me llamaba diciendo que no me asustase, que me estuviese quieta… De pronto una mano se tendía hacia mí y yo la sujetaba con angustia, con ansia… Era como mi tabla de salvación, era lo único que en aquel momento podía ayudarme… Me sujetaba a aquella mano con todas mis fuerzas, pero… ¡Oh, Dios mío!

Se cubrió el rostro con las dos manos. Todo su cuerpo temblaba. Parecía incapaz de seguir.

Sus hombros habían sufrido un estremecimiento.

—¿Por qué no sigues? —musitó Edward.

—No recuerdo nada más.

—¿Quieres decir que ahí termina el sueño?

—Exacto; ése es su fin. No veo nada más allá. Es como si todo lo envolviera la bruma.

Edward la miraba fijamente, insistentemente. En sus ojos había una especie de inhumana crueldad.

—Entonces, ¿por qué tiemblas?

—Todo esto me ha intranquilizado. Pero no ocurre nada especial; absolutamente nada.

—Tratas de mostrarte serena, ¿verdad?

Ella no contestó. Su mirada vagaba perdida por la habitación, por el techo, por los muebles que parecían irreales de repente. Tenía la sensación de estar en un mundo lejano, que ya no le pertenecía.

—No lo conseguirás —balbuceó Edward.

—¿Por qué?

—Hay algo que callas.

De repente la sujetó por los hombros. La zarandeó rudamente, hasta hacerle daño.

—¿Qué ocurría? —musitó Edward, casi temblando a causa de la expectación. Dime…, ¿qué había de especial en esa mano?

Nora con un soplo de voz confesó:

—Que sólo tenía tres dedos…

CAPÍTULO V

La luz de la luna seguía penetrando espectralmente por la ventana. Era lo único que los alumbraba a los dos, lo único que permitía distinguir sus rostros, donde de pronto habían aparecido unas gotitas de sudor. El ruido de las olas parecía haberse hecho más fuerte, más intenso. Llegaba a abrumarles.

Edward volvió a encender su pipa, que se había apagado al contener él la respiración. Luego se encogió de hombros y trató de quitar importancia a la cosa.

—Hay muchas personas que sólo tienen tres dedos en una de sus manos. Accidentes y cosas así. ¿Y qué?

—Es que… Bueno sé que tú hiciste un experimento con la hija de Luigi. Un experimento sin peligro se entiende, pero muy inquietante y casi inhumano. Y ella ha dicho algo acerca de un hombre con sólo tres dedos… y que sabe matar.

—¿De veras ha dicho eso?

Edward parecía preocupado. Daba fuertes y nerviosas chupadas a su pipa.

—Sí, según Luigi.

—Lo ignoraba. Pero no me tranquiliza nada que una pequeña tenga ideas así. Quién sabe si me arrepentiré de haber realizado ese experimento… ¿Y qué tiene que ver eso con tu sueño? ¿Por qué te intranquilizó? ¿Qué es lo que te asustó?

—Es que mientras duraba la pesadilla yo pensaba también… Había una extraña mezcla entre lo consciente y lo inconsciente en mi sueño. Y me daba cuenta de que si alguien me socorrió entonces en el jardín de esta casa, no podía ser sino tío Patrick.

Edward tuvo un brutal estremecimiento. Fue en contra de su voluntad. De pronto cerró los ojos, como si no quisiera que nadie viese la expresión que había pasado por ellos.

Sin embargo su voz fue tranquila cuando dijo:

—¿Pero qué tonterías son ésas? Se trata sólo de un sueño. Y además tío Patrick no podía tener tres dedos…

—En aquel tiempo es posible que sí.

—¿Pero tú sabes lo que dices?

—No hablaría sin motivo, Edward.

—Me parece que esta situación te ha puesto demasiado nerviosa.

—Jamás estuve tan serena.

Edward dio una lenta chupada a su pipa, mientras paseaba por la habitación. Era él quien se sentía nervioso, aunque tratara de aparentar lo contrario.

—Tú no puedes saber nada de eso —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Por qué?

—Eras una niña. No puedes recordar nada. En realidad estás impresionada por tu sueño y no sabes lo que dices.

Se volvió de repente y la apuntó con la pipa.

—Además tienes miedo.

—Lo tengo Edward. Me daba vergüenza confesarlo, pero negarlo no sirve de nada. Tengo miedo. ¿Y qué?

—Eso hace que no pienses con serenidad.

—Parece como si fueras tú el que trataras de convencerte, Edward. El que quisieras creer en tus propias palabras. Me parece que estás tan nervioso y tan asustado como yo.

—Es que el detalle de los dedos pondría nervioso a cualquiera —reconoció él—. Es algo que…, ¿cómo te diría?…, desata demasiado la imaginación. Pero en este caso tú no sabes lo que hablas.

—Claro que lo sé. Claro que sé lo que digo —farfulló ella—. ¿Quién sabe cuántos dedos tenía entonces tío Patrick? ¿No puedo suponer que tenía solamente tres? ¿Es que no te has dado cuenta de que ahora le faltaba la mano derecha?

CAPÍTULO VI

No había prisa para el entierro. No es necesario correr para enterrar a dos cadáveres que ya están embalsamados y que, en consecuencia, flotan ya en la eternidad. De este modo se daba tiempo para que llegaran los amigos de Roma, los banqueros que en otro tiempo habían sido sus socios, los políticos a los que apoyó… El entierro de Patrick en el pequeño cementerio de Imperia iba a convertirse en un verdadero acontecimiento social. Junto a él sería enterrada Betty, su única pariente norteamericana, una muchacha muerta también poco antes, y cuyo cadáver embalsamado había traído Nora en su largo viaje desde Estados Unidos.

Todos los parientes, vestidos de negro —la viuda de Patrick y sus tres sobrinos—, aguardaban en la puerta de la hermosa finca situada entre el bosque y el mar.

Hacía una tarde gris. El cielo se había cubierto de densos nubarrones plomizos.

Sin embargo centenares de coches rodaban por la cercana carretera, dirigiéndose hacia Génova. Aquél era uno de los lugares más hermosos, más frecuentados y más turísticos del mundo. Playas concurridas, mujeres hermosas, precios altos, *pizza*, *gelatos* y *espresso*. Ningún misterio. La eterna rueda comercial de todos los lugares turísticos del mundo.

Esto parecía disipar los sombríos pensamientos de Nora que, vestida de negro, realzado más que nunca su cuerpo de diosa, recibía los pésames interminables de todos los que iban desfilando ante la familia.

El duelo se dio al fin por despedido. Dos lujosas furgonetas se llevaban ambos cuerpos al cementerio de Imperia. Sólo Hans y Edward acompañaron los féretros porque según la costumbre, las mujeres debían permanecer en la casa.

Todo estaba silencioso. Todo daba la sensación de vacío y

parecía participar del ambiente de la muerte.

Nora sentía miedo por primera vez en su vida, un miedo que no quería explicar a nadie.

Al regresar los hombres se pusieron a cenar silenciosamente, sin palabras, mientras en torno a ellos cerraba la noche.

Deberían permanecer juntos hasta la lectura del testamento, dos días más tarde. Pero, a juzgar por la expresión de Nora, diríase que ella hubiera preferido renunciar y marchar aquella misma noche.

—Me voy a acostar —dijo levantándose bruscamente—. Perdonadme, pero necesito estar sola.

Todos siguieron el movimiento de sus caderas, especialmente los ojos de los dos hombres, mientras se dirigía hacia la puerta.

CAPÍTULO VII

Nora había cerrado con llave su habitación esta vez. No es que tuviera miedo de su primo Edward, pues él era lo bastante educado para no intentar el menor abuso con ella, pero le molestaba pensar que alguien, aunque fuese con la mejor intención, pudiera entrar en su habitación mientras dormía.

Se puso el mismo pijama casi transparente, se cepilló los cabellos ante el tocador y por fin se introdujo en el lecho. Hubiera querido leer un poco antes de dormirse, pero incluso para eso se sentía nerviosa. Por tanto apagó la luz.

El cielo se había aclarado disipándose las nubes en parte. Otra vez volvía a penetrar por la ventana el espectral resplandor de la luna.

Nora intentó dormirse. Volvía a sentirse desasosegada, intranquila, y no se apartaban de su pensamiento las escenas del entierro.

Ella, acostumbrada a moverse entre muertos, no hubiera debido sentirse impresionada. Pero sin embargo esta vez no podía impedirlo. Era algo más fuerte que ella, algo que la turbaba profundamente.

Tampoco podía olvidar lo que había dicho la pequeña, la hija menor de Luigi. Tendría que ir a verla al día siguiente sin falta. Necesitaba saber qué era lo que, después de la operación, había quedado en el cerebro de la niña.

Al fin cerró los ojos. Se fue durmiendo lentamente, aunque con un sueño agitado y lleno de temores.

Oía rumores lejanos. El estruendo de las olas, que parecían no ir a calmarse nunca, el golpear de una ventana mal cerrada con la que jugaba el viento, el rumor de los pasos de los sirvientes, que aún trajinaban en las buhardillas de la casa…

Por fin todos los ruidos cesaron. Hasta el mar se calmó. El

silencio se hizo espeso, absoluto, insoportable.

Dormida, Nora seguía recibiendo sensaciones del mundo exterior. Parecía darse cuenta de todo lo que sucedía.

Por eso quizá, oyó perfectamente aquellos furtivos pasos, el crujir de aquella puerta.

CAPÍTULO VIII

Nora alzó vivamente la cabeza, mientras miraba los dibujos que, en el suelo de la habitación formaba la luz de la luna.

Todo aquello, al despertar, le dio la sensación de algo irreal, de algo que no existía. Y se preguntó si, efectivamente, había escuchado el crujir de la puerta.

En torno suyo todo era silencio. Nora se levantó y encendió un cigarrillo. Estaba irremediablemente nerviosa. Fumó rápidamente, dando vueltas por la habitación, mientras intentaba decirse que nada sucedería.

Una de sus piernas se arrastraba levemente a cada paso. Producía un efecto extraño ver aquella mujer tan hermosa, tan llena de vida, soportando aquel defecto, que en caso de peligro podía resultar terrible para ella.

Por ejemplo, si alguien la persiguiese…

Al fin, como el silencio seguía siendo absoluto. Nora pensó que había estado soñando. De modo que depositó en un cenicero los restos del cigarrillo y se acostó nuevamente, cerrando los ojos.

Durante largos minutos, durante lo que le pareció un tiempo interminable, ningún sonido rompió el silencio que rodeaba la casa. Del mar en calma no llegaba ningún rumor; ahora el Mediterráneo parecía un lago.

La muchacha pensó: «Mañana estaré rendida si no consigo dormir. Debe faltar poco para que amanezca…».

Y fue a mirar maquinalmente el reloj luminoso que había dejado junto a su mesita de noche.

Fue entonces cuando vio aquello. Fue entonces cuando vio aquella garra, provista de sólo tres dedos, que se acercaba a su rostro.

Detrás parecía no haber nada.

Era como si aquella garra flotara en el vacío.

Sólo la agilidad de cintura que poseía Nora le permitió ladearse en el último momento, cuando ya el agudo estilete iba a clavarse en su cuello. Con una contracción repentina de todos sus músculos, la muchacha saltó materialmente al aire y fue a caer a un borde de la cama, sobre la alfombra. Notó que el estilete se clavaba en las ropas, donde unos segundos antes estaba su cuerpo, produciendo un raaas… suave y siniestro.

Nora comprendió que, si se estaba quieta, moriría irremediablemente. Aunque gritara pidiendo auxilio, nadie podría llegar ya a tiempo. Su instinto le dijo que tenía que hacer.

Bruscamente levantó la cama volcándola del lado donde estaba su misterioso enemigo. Pretendía cazarle debajo y así ganar unos minutos para huir pero el fantasma no se dejó atrapar.

Parecía flotar entre las sombras cuando llegó hasta la pared del fondo de la habitación, mientras la cama se volcaba inútilmente sobre el suelo, sin alcanzarle.

Nora se encontraba ahora descubierta, en el centro de la habitación, tendida en el suelo y sin nada que le protegiese. En aquel instante sus dientes castañearon de miedo. Bruscamente comprendió que iba a morir.

La garra con sólo tres dedos parecía seguir flotando en el aire, moviéndose en la oscuridad. Detrás había un cuerpo humano, pero completamente vestido de negro, de forma que se confundía con la oscuridad. Evidentemente era un hombre, a juzgar por su complexión, pero parecía no tener cara. Todo él era como una espesa mancha negra.

Bruscamente, aquella figura avanzó hacia ella. Seguía dando la sensación de que flotaba en el aire. Su rapidez era increíble.

La muchacha, desde el suelo, tomó una butaquita del dormitorio y la lanzó contra el fantasma. Éste la esquivó fácilmente, sin dejar de seguir avanzando.

Nora, lívida de horror, se lo jugó todo a una carta. Simuló no poder moverse, fingió no poder huir ni esquivar el ataque del cuchillo que ya flotaba sobre su cabeza.

¡Y en el último segundo, cuando va todo parecía irremediable, se apartó!

Los músculos de su cintura, una vez más habían respondido perfectamente. El fino cuchillo la rozó tan sólo. Su enemigo a causa

de la violencia del golpe, perdió el equilibrio y fue a proyectarse contra la pared opuesta mientras Nora se ponía en pie.

Ahora tenía que contar con el defecto de su pierna, pero las distancias eran cortas. No se trataba sólo de velocidad, sino también de astucia.

Sabiendo que disponía de unos segundos antes de que su extraño enemigo la atacara de nuevo, la muchacha colocó en el suelo cerca de la puerta y en una zona de espesas sombras, la butaca que antes había lanzado inútilmente. Luego abrió, saliendo al pasillo.

El fantasma ya corría hacia ella. Más bien parecía volar, tal era su agilidad. Dio la sensación de que la alcanzaría antes de que ella pudiese alejarse por el corredor.

Pero de pronto tropezó con la butaca. Cayó pesadamente a tierra, mientras Nora corría.

Ahora, de pronto, parecía haberla dominado por completo el pánico. Esa fuerza extraña que la desesperación da y que hasta aquel momento había sostenido a Nora, se esfumó al alejarse un poco del peligro. Casi sin darse cuenta, la muchacha se encontró gritando a lo largo del corredor. Su pierna fallaba cada vez más. Con el nerviosismo parecía incapaz de sostenerla.

De repente aquella pierna falló del todo. La muchacha cayó a tierra, mientras lanzaba un nuevo grito.

Pegada a las paredes del pasillo, aquella sombra avanzaba. Delante suyo, la garra con sólo tres dedos parecía flotar en el aire.

Otra vez Nora se dio cuenta de que iba a ser alcanzada. ¡Y ahora no tenía nada para protegerse! ¡Nada podía lanzar contra el fantasma!

En aquel momento una de las puertas del corredor se abrió. Los gritos habían alarmado a alguien.

La sirvienta más antigua de la casa, Teresa, la cual no dormía con el resto de la servidumbre, sino que tenía una habitación en la parte principal de la casa, acababa de salir al corredor. Era una mujer ya vieja, pero se dio perfecta cuenta de lo que ocurría. Sus ojos captaron la siniestra figura negra.

También se oían ruidos en el piso superior. Los sirvientes se levantaban a toda prisa.

Aquel fantasma pensó, si es que pensaba como los seres humanos, que no tendría tiempo de matar a dos mujeres antes de

que llegase alguien. Y retrocedió velozmente, siendo tragado por las sombras.

Nora se apoyó en el suelo alfombrado, jadeando, sintiendo que se ahogaba. La vieja Teresa trató de sostenerla.

—Nora…, ¿qué ha sido eso? ¿Qué ocurre?

El pasillo bruscamente se había llenado de voces. Las luces se encendieron. Nora vio confusamente, como entre sueños, que varias personas corrían hacia ella.

Eran Susan, Patrick, la viuda de su tío; Hans y Edward; también reconoció u Giuseppe, el administrador que dormía, al igual que Teresa, en el ala principal de la casa.

Todos vestían pijamas menos Susan, que se había puesto una bata de gasa sobre su cuerpo desnudo. Daban la sensación de haber sido despertados bruscamente en el mejor de los sueños.

Todos quisieron atender a Nora a la vez, pero ésta no les veía; había cerrado los ojos y echado la cabeza hacia atrás. Acababa de perder el sentido.

* * *

Al abrir los ojos vio que un hombre desconocido se inclinaba sobre ella. No estaba en su habitación, sino en un diván de una de las salas. Varios rostros la miraban fijamente.

El desconocido, que según dedujo Nora debía de ser uno de los médicos de la ciudad de Imperia, llamado a toda prisa, hizo un gesto tranquilizador, mientras retiraba el estetoscopio del pecho de Nora.

—El corazón funciona normalmente… Ha sido un susto nada más… Vean, ya recobra el conocimiento.

El médico era joven, según vio Nora. No tendría más allá de veintiocho años, vestía un elegante traje azul de verano y tenía las facciones tostadas por el sol. Sus ojos, muy claros, miraban a Nora con una especial curiosidad que no era estrictamente científica.

Las otras personas que estaban en la habitación eran Hans, Susan y Edward; es decir los que formaban el círculo más íntimo de la familia. Todos se inclinaron sobre la muchacha.

—¿Así no hay peligro?

—Temimos que hubiera sufrido un síncope, doctor.

—Ha sido todo tan extraño.

Nora quedó sentada en el diván. Se llevó una mano a la cabeza, como si ésta aún le diera vueltas.

—No hemos llamado a la policía por no provocar un escándalo —susurró Susan—, pero es evidente que alguien ha querido matarte. ¿Qué es lo que has visto? ¡Oh, Dios santo, esto no tiene explicación!

Nora no sabía por dónde empezar.

Todo le parecía tan confuso que aún sentía una especie de vértigo.

En aquel momento antes de que ella pudiera responder a la pregunta, la vieja Teresa entró en la habitación.

Parecía trastornada, y llevaba una almohada entre sus brazos. Sus ojos estaban dilatados por el horror.

Susan Patrick con una extraordinaria presencia de ánimo, se dio cuenta de que la sirvienta acababa de descubrir algo extraño, quizá horroroso. Y no quiso que siguieran allí personas extrañas a la familia.

—Le agradezco sus servicios, doctor Cesari —musitó—. Por supuesto pase la factura cuando le plazca. Y ahora, si quisiera dejarnos solos, yo se lo agradecería mucho. Esto tiene todo el aspecto de ser un asunto de familia.

El joven médico sonrió.

—Desde luego, pero si la señorita quisiera pasar mañana por mi consultorio, creo que sería mejor. Esta clase de *shocks* ocasionan a veces sorpresas desagradables al cabo de unas horas.

—Así lo hará, doctor. ¿Puedo contar con su discreción?

—¿En el sentido de que nada diga a la policía?

—Exacto.

—Todo lo que sé es que esta señorita se ha desmayado a causa de una fuerte impresión —dijo el médico—. Que yo sepa, no se ha cometido crimen alguno. Por tanto no puedo avisar a la policía.

—Se lo agradezco, doctor. Y es evidente que no se ha cometido ningún crimen.

El joven médico se alejó, tras hacer a todos los presentes una leve inclinación de cabeza.

Teresa, la vieja sirvienta, estaba paralizada en la puerta.

Cuando estuvieron solos susurró:

—He encontrado… esto.

Era la almohada de Nora. Sobre ella se veía marcada una especie de garra. Pero una garra con sólo tres dedos.

Nora tragó saliva lentamente.

Ahora ya no daba la sensación de sentir miedo, sino una angustia consciente y lúcida. Es decir, sufría mucho más que antes. Por lo visto se daba cuenta del extraño abismo en que todos parecían estar sumidos.

La sirvienta había dejado caer la almohada a tierra. Nora Patrick balbució:

—Esto no tiene sentido.

—No lo tendrá, pero yo he encontrado esto. Y es la almohada de la señorita.

—Por favor —susurró Edward—, explicadnos lo que habéis visto.

Entre Teresa y Nora hicieron un relato breve, pero bastante aproximado de los hechos. Lo que una había visto se completaba con lo que había visto la otra. Al fin la muchacha terminó:

—Eso es todo. Como veis es horrible, pero no tiene sentido. Y ahora quiero hacerte una pregunta, tía Susan.

—Hazla.

—Tú conociste a tío Patrick hace muchos años, puesto que os casasteis poco después de la guerra. ¿Tenía él sólo tres dedos en la mano derecha?

Susan palideció. Por unos momentos sus labios temblaron.

—¿Qué quieres sugerir?

—Es sólo una pregunta que hago. Por Dios, te ruego que me contestes.

—Cuando yo le conocí ya le faltaba la mano derecha —musitó Susan—. Había tenido un accidente tiempo atrás.

—¿Pero él no te explicó nada?

—No. Nunca me habló de eso.

Nora apretó los labios.

—Quiero ver un álbum de viejas fotografías de tío Patrick. Por fuerza tienes que conservarlos.

—Sí, desde luego. Pero lo que tú insinúas es monstruoso, Nora. ¡Y estás faltando a la caridad!

—Sólo trato de averiguar un detalle técnico. Por Dios, compréndelo. Es algo que nos afecta a todos.

Susan se encogió de hombros y salió de la habitación, volviendo poco después con dos voluminosos álbumes de fotos, encuadernados en piel negra. Los tendió a Nora.

—No averiguarás nada —musitó—. Tú comprenderás que si él tenía ese defecto, debió de procurar siempre que en ningún retrato se le viera la mano derecha. No debió permitir que se la fotografiasen.

—Vamos a ver.

En efecto, Susan tenía razón. Había muchos retratos de tío Patrick, correspondientes a todas las épocas de su vida, pero en ninguno de ellos se le veían las manos. Unas veces las tenía en los bolsillos, otras unidas a la espalda, e incluso cuando se había retratado cruzando los brazos, las manos siempre quedaban ocultas. Más adelante en algunas fotos ya más recientes, se veían las manos del hombre, pero entonces ya faltaba la derecha.

Nora devolvió los álbumes con un suspiro de desaliento.

No había averiguado nada. Y sentía sobre sí las miradas de sus familiares como un mudo reproche o una protesta.

—Entre los que hoy han venido al entierro debía haber muchos antiguos amigos de tío Patrick —insistió de todos modos.

—Por supuesto. ¿Pero es que aún sigues con la misma idea?

—Por favor, dejadme llegar hasta el fin. ¿Quién es el más antiguo amigo de tío Patrick, el que le trató durante más años?

—Quizá Pavolini, un banquero. Él le ayudó en sus primeros negocios, cuando Patrick empezaba a abrirse camino. Ha venido expresamente desde Milán para asistir al entierro, y supongo que hasta el mediodía no marchará de Imperia. Pero no le podemos molestar a estas horas. Son… —Y consultó uno de los relojes de la sala— las tres de la madrugada.

—Comprendo. Mañana trataré de hablar con él. Es decir, hoy.

—Pavolini tiene un *bungalow* en los bosques, cerca de aquí —explicó Susan—. Se llega a él torciendo por un camino vecinal que hay a la izquierda de la carretera. Lo llama *Il Paradiso*. —Susan abrió una caja de cigarrillos y encendió uno voluptuosamente—. Pero te advierto que Pavolini nunca ha usado ese *bungalow* con fines honestos. Tiene demasiado dinero y está separado de su mujer. Se

traía a *Il Paradiso* a todos sus líos, a veces chicas muy jóvenes. No sé si esta vez aprovechando el entierro estará allí con alguna.

—Eso sería cinismo —masculló Nora.

—El cinismo, hija mía, es la moneda más frecuente de nuestra época.

Luego la propia Susan decidió que les era necesario descansar, pero que no era conveniente que Nora se quedase sola. Teresa, la vieja sirvienta, se ofreció para acompañarla.

—Y conectaré el sistema de timbres de alarma del edificio, que estaba desconectado —dijo Susan—. No quiero nuevas sorpresas.

Edward recogió la almohada del suelo y la miró atentamente. Luego la volvió a dejar caer. Su rostro reflejaba preocupación.

—¿Con qué han quedado marcadas esas huellas? —musitó Nora —. Tú entiendes mucho de química, debes saberlo.

—Es pintura, simple pintura de color rojizo —murmuró él—. Pero me recuerda algo. ¿Dónde hemos visto un bote de esa pintura? ¿Quién la ha empleado delante de nosotros?

—La hemos visto en el entierro de Patrick —dijo la joven viuda con un soplo de voz—. La usaba uno de los sepultureros para retocar los bordes de la cruz en la lápida familiar, desgastada por el tiempo.

* * *

Tío Patrick había poseído una escudería de automóviles digna de lo que él era: un auténtico millonario de dólares americanos, una de las personas más ricas que habitaba en la Riviera. Nora parpadeó al entrar en el garaje que había en los bajos de la casa y ver aquella magnífica colección.

Quizá la única empresa de automóviles de Italia en la que tío Patrick no había tenido dinero colocado era la Ferrari, un negocio rígidamente particular de su creador Enzo Ferrari. Pero de casi todas las demás empresas fue un fuerte accionista, y eso le permitía disponer de modelos casi exclusivos. Nora vio un Fiat 2.300 azul, un Maseratti coupé gran sport, que mareaba, un Lancia negro gran lujo y un Alfa Romeo descapotable blanco. Se decidió por ese último.

La muchacha llevaba unos ajustados pantalones grises que parecían formar parte de su propia piel, y una blusa blanca muy descotada. Se puso en la cabeza un pañuelo también gris.

Bajo el sol cálido de la Riviera, en pleno *boom* turístico, todos los horrores de la noche anterior parecían una lejana pesadilla. A Nora le costaba creer que todo aquello hubiera sucedido alguna vez. Le parecía imposible.

Dio contacto con las llaves puestas y maniobró con maestría, sacando el pequeño bólido del garaje. Luego trepó por la empinada carretera, desviándose por el primer camino vecinal que encontró.

Era cerca del mediodía.

El sol arrancaba reflejos a todos los árboles, a todas las rocas. Parecía entonar un canto a la salud y a la vida.

Il Paradiso era realmente un nido hecho para el amor prohibido. Discreto, amable, oculto y caro. Ni un detalle de refinamiento faltaba en él. Había una pequeña piscina en forma de corazón, instalación de luces indirectas que debían de producir efectos maravillosos durante la noche; plantas trepadoras que cubrían las paredes, y magnificas estatuas en el jardín. Pavolini era sin duda de esos tipos a quienes gusta impresionar a las mujeres para que así cedan más fácilmente.

Pero no se veía a nadie. Todo daba una extraña y casi absoluta sensación de soledad.

«Ha debido marchar —pensó Nora—. Ha venido sólo para el entierro y luego se ha largado. Debe de ser uno de esos hombres a quienes preocupan las mujeres, pero mucho más sus negocios…».

Sin embargo, Nora tuvo que cambiar de idea cuando vio un coche detenido ante la puerta. Era un Ferrari sport, uno de esos magníficos coches hechos prácticamente a mano y de los que sólo se fabrican seiscientos al año. Además la puerta de la casa estaba abierta.

Nora hizo sonar una campanilla rústica que había a la entrada. El repiqueteo cantarín se expandió por toda la casa.

Nadie contestó.

El silencio era total y espeso.

El sol parecía haberse vuelto más opaco y, cosa extraña, ahora de repente su luz daba la sensación de ser luz triste.

Nora entró. Sus ojos de muchacha culta y que sabía apreciar la

belleza captaron la magnificencia de los muebles, que dentro de su sencillez, tenían una calidad suprema. Muchos objetos de arte, a cual más valioso, adornaban las pequeñas piezas. Por lo visto el *bungalow* sólo constaba de una gran sala, un dormitorio y dos cuartos de baño. Para lo que necesitaba Pavolini y sus amistades femeninas, sobraba sitio.

La muchacha vio algo más.

Sobre el gran diván del living había un vestido de mujer y unas cuantas prendas íntimas. Sin duda la amiga de Pavolini andaba desnuda por la casa, o quizá estaba tomando un baño. Fue eso, y el rumor suave del correr del agua lo que hizo a Nora encaminarse a una puerta entornada que había a su derecha.

De pronto se detuvo en el umbral.

Una brusca expresión de horror había asomado a su rostro.

Lo que vio, en el coquetón cuarto de baño, todo él ornamentado con mármol de Carrara, le hizo lanzar un gemido de terror. Una mujer muy joven, de apenas veinte años, estaba desnuda en la bañera. El agua la cubría por completo, y en sus ojos dilatados se leía una postrera, una angustiosa expresión de pánico. Sin duda la habían empujado con fuerza hacia el fondo de la bañera, hasta ahogarla.

Junto a ella, pero tendido en el suelo, y también desnudo, se hallaba un hombre ya casi sesentón, que debía de ser Pavolini. A éste no le habían ahogado. Presentaba, por el contrario, una profunda herida en la espalda, y sus ojos también muy abiertos, habían dejado que se inmovilizase en ellos una postrera expresión de horror.

Nora trató de serenarse. Trató de comprender que el asesino aún debía de estar allí y que necesitaba conservar sus energías.

Le ayudó mucho para ello lo poco que le impresionaban los muertos y los cuerpos desnudos aunque éstos fueran de hombres. Para ella, los cadáveres eran un simple motivo de trabajo, como para un escultor la piedra, de modo que consiguió serenarse apenas un minuto más tarde.

Fue a volverse y entonces la vio.

La figura negra estaba allí.

Ahora a la luz intensa que penetraba por las ventanas se la podía distinguir claramente, pero por eso mismo aún parecía más

increíble. Iba cubierta con una especie de impermeable negro, un sombrero del mismo color y una máscara que le cubría enteramente las facciones. Su aspecto era tan estremecedor que Nora quedó sin respiración. Pero lo que más le interesaba de aquella figura, es decir sus manos, no estaban visibles.

La muchacha se sintió acorralada.

Tenía a su espalda el cuarto de baño, con sólo una ventana pequeña por la que era imposible saltar, y enfrente el *living*, donde la monstruosa figura negra le cortaba la retirada.

La figura avanzó lentamente. No mostraba la mano derecha. En su izquierda descansaba un largo cuchillo tinto aún en sangre de Pavolini.

El horror no permitió a Nora ni tan siquiera gritar. Sus facciones desencajadas estaban inmóviles y vueltas hacia el asesino, que avanzaba lentamente, seguro de sí mismo.

Casi en el último instante, Nora reaccionó. Se dio cuenta de que necesitaba buscar una salida aunque la situación fuese desesperada.

Y sólo se le ocurrió una idea.

Indudablemente en el baño habría agua caliente quizá a una elevadísima temperatura. Una ducha manejable de las de cordón metálico que permitiría enviar el líquido a presión en todas direcciones, descansaba sobre la horquilla. Con un veloz movimiento, Nora la descolgó e hizo girar al máximo la manivela del agua caliente. Un chorro hirviente salió de los poros, entre una violenta nube de vapor.

No había ser humano que soportase aquello sin hacer funcionar el mezclador para el agua fría. Incluso el cable metálico ardía en la mano de Nora, que dirigió el chorro directamente contra la extraña figura negra. A pesar de que ésta iba cubierta con un impermeable, el agua a presión penetró por los intersticios de éste y le hizo retroceder violentamente. Tampoco la delgada máscara de plástico fue un obstáculo para que sintiese en la cara la insoportable temperatura del agua. Tuvo que cubrirse a toda prisa, mientras Nora alargaba al máximo el chorro.

Claro que aquella situación no podía prolongarse todo el tiempo que la muchacha hubiese querido. Ahora el monstruo estaba al otro lado de la habitación, lejos del alcance del agua, y ésta se acabaría sin duda cuando la capacidad del termo se agotase. Lo único que

había conseguido la muchacha era aplazar el instante de su muerte.

¡Si el chorro pudiera ser más largo! ¡Si pudiese mantener con él a raya al asesino, mientras trataba de llegar hasta la puerta!

Pero era inútil. Ni aun dando la máxima presión el agua llegaba hasta el fondo del *living*, donde el asesino se había detenido. Y cuando Nora corriese hacia la puerta, él la alcanzaría sin duda.

Durante unos segundos angustiosos, desesperados, la muchacha buscó sin encontrarla, una nueva salida.

Y en aquel momento se oyó el ruido del motor de un coche. ¡Alguien más subía a gran velocidad por el empinado camino que llevaba al *bungalow*! ¡Alguien se acercaba!

La figura negra se puso en movimiento. Sin perder un instante desapareció en el dormitorio, desde donde seguramente también se podría salir al exterior. Mientras tanto, el ruido del motor del coche, sin duda un sport, aumentaba.

Nora corrió hacia la puerta, siempre arrastrando la pierna.

Desmadejada y vacilante, se apoyó en el marco. Vio que un coche se detenía en la pequeña explanada que había delante del *bungalow*. No era un coche italiano, sino inglés, porque se trataba de un MG. Pero el hombre que lo conducía sí que resultaba conocido para Nora.

El doctor Cesari se acercó, mirándola con asombro, como si no comprendiera su expresión de pánico.

Ahora vestía un pantalón blanco y un *niky* color azul. Estaba tan sorprendido que incluso cayeron al suelo las llaves de su coche. Impulsivamente, corrió hacia la muchacha y la sostuvo antes de que ella se desplomase.

Nora sólo pudo susurrar:

—¡Dios Santo!…

—¿Qué ha ocurrido?

—Entre usted. Usted mismo lo verá.

Cesari entró. No tardó ni cuatro minutos en regresar. Cuando lo hizo estaba intensamente pálido.

—Cuéntame lo que sepas, Nora —pidió.

—Ante todo… te diré que con tu llegada me has salvado la vida. El asesino me tenía acorralada.

—Iba a hacer una visita de cumplido a Pavolini —dijo Cesari—. Él era un viejo amigo de mi padre y hacía tiempo que no nos

veíamos. Por eso decidí venir, pero ahora me doy cuenta de que hubiese sido muy inoportuno.

—Al contrario, nunca pudiste llegar más a tiempo.

—¿Qué sucedió?

Nora con voz entrecortada narró todo lo que sabía, todo lo que había ocurrido desde su llegada a Imperia.

Cesari la escuchaba en silencio. Una profunda arruga de preocupación se iba dibujando en su frente.

—Me han dicho que tú también eres médico —farfulló al fin.

—Sí.

—Resulta increíble entonces, que hayas pensado eso. Que hayas llegado a imaginar que tío Patrick, el muerto, intente acabar contigo.

—No, si es que… ¡yo no he pensado nada con la cabeza! —gimió Nora—. ¡Ha sido más bien con el corazón, ha sido como un instinto! ¡Todo está tan mezclado! ¡Todo es tan espantoso! ¡Lo que dijo aquella niña, el asesinato del profesor Leonardi —porque ahora me doy cuenta de que por fuerza hubo de ser un asesinato—, la increíble amenaza de aquella mano con tres dedos!… ¿Es que es posible con todo esto, pensar racionalmente? ¿No tengo derecho a imaginar las cosas más absurdas, más locas?

Cesari susurró:

—No te lo reprocho. Sólo intento hacerte ver con claridad la situación. Imagina por un momento que fuera cierto lo que has pensado, es decir, que el muerto tratara de acabar contigo.

—Sí.

—Él ya no tendría tres dedos, sino que le faltaría la mano derecha. A tu tío Patrick, encima de lo increíble que la situación resulta ya, no puede haberle vuelto de repente la mano que tuvo hace veinte años.

Nora había hundido la cabeza. Comprendía que era cierto.

—De todos modos —susurró—, si han matado a Pavolini, ha sido indudablemente porque él sabía algo de esa mano. Es decir, de cómo era el tío Patrick en su juventud.

El argumento dejó confuso a Cesari. Él comprendía por su parte, que aquello también era lógico.

—Lo que debemos hacer ante todo, es salir de aquí —musitó al cabo de unos instantes de confuso silencio.

—El asesino ha debido huir a través del bosque —musitó ella—. ¿Y si ha dejado huellas?

—La policía las encontrará. Vamos a Imperia. Creo que dentro de veinte minutos habrá más de un inspector que sentirá ganas de pedir el traslado a otro sitio.

* * *

Los policías lo midieron todo, lo revolvieron todo y por supuesto cribaron el bosque. Uno de ellos encontró unas huellas masculinas relativamente claras en una zona húmeda donde casualmente no había hierba.

Se obtuvieron moldes de yeso, y éstos fueron mostrados al inspector Gianini, mientras éste terminaba el interrogatorio de Nora.

Gianini estaba de mal humor. La artista de variedades que esperaba en el subexpreso, se había largado con otro —y encima se trataba de un cantante melenudo— a causa de no haber llegado él a la estación a tiempo. Las playas de la Riviera estaban llenas de señoras de las cuales Gianini no rascaba nada. Y aquella muchachita, Nora era deliciosa. ¡Pero resultaba una de las herederas del millonario Patrick, y para él estaba tan lejana como las estrellas!

Después de lo que Nora le había contado a Gianini no le quedaba más remedio que hacer una pregunta:

—¿Tienen algún par de zapatos del difunto señor Patrick?

La viuda le miró con recelo y sorpresa.

—¿Para qué los quiere?

—Es una simple comprobación de rutina. Por favor, enséñeme los que haya.

—Todos son iguales.

—¿Qué quiere decir?

—Mi difunto esposo tenía los pies delicados, y todo su calzado era hecho a medida. Dos veces al año iba a Roma y se encargaba varios pares, pero siempre del mismo modelo.

—¿Quiere usted decir que en su guardarropía hay zapatos iguales que aquéllos con los que fue enterrado? —musitó Gianini.

—Sí.

—Por favor, muéstremelos.

Susan condujo al policía a lo que había sido su dormitorio conyugal. Gianini pensaba que ella todavía era joven, todavía resultaba apetitosa, y que tal vez… Pero la voz de Susan Patrick sonó seca y desabrida al abrir el gigantesco armario.

—Vea usted mismo.

Efectivamente, todos los zapatos eran iguales. Un modelo muy elegante repetido hasta la saciedad. Gianini tomó uno de los pares al azar y comparó su suela con los relieves del molde en yeso que los expertos habían obtenido a partir de la huella.

Coincidían.

—¿Estos zapatos son iguales que los que llevaba puestos en el momento de ser enterrado?

—Sí.

—Lo cual hace teóricamente posible que estas huellas las hayan causado los zapatos que Patrick llevaba en el ataúd —dijo Gianini, sin calibrar bien todo el horror que aquellas palabras llevaban consigo.

Susan palideció. Y de pronto, sin transición sus facciones se volvieron rojas, mientras sus dientes rechinaban con ira.

—¡Está usted loco! ¡Y haré que sus superiores le pidan cuentas de esas palabras!

—Yo me dirigiré a mis superiores también —dijo Gianini bruscamente—. Me veré obligado a solicitar autorización para exhumar el cadáver.

—¡No lo consentiré!

—Si el juez lo autoriza, usted deberá tolerarlo. Pero le doy palabra de que, aun así, la situación se resolverá en familia. Ni un periodista será informado, y mucho menos autorizado a acercarse.

—Por mi parte le prohíbo que insinúe esto.

—De acuerdo, señora. No crea que para mí, es agradable.

Gianini salió de la habitación. Diantre, no había nada que hacer con aquella viudita, ni en un terreno ni en otro. Pero él estaba asustado y quería llevar las cosas hasta el fin. Aunque fuese pura rutina, una exhumación aclararía muchos detalles.

Cuando volvió a su despacho, en una tortuosa comisaría de Imperia, se encontró con una sueca que quería denunciar la

desaparición de su bikini.

A Gianini se le pasó el mal humor inmediatamente y se olvidó del muerto.

* * *

La niña tenía la cabeza vendada. Estaba en su lecho, rodeada de su madre —una mujer de media edad, con cara de sufrimiento— y de su padre, Luigi, el que había ayudado a Nora a embalsamar el cadáver. En ese momento la niña parecía delirar. Sus padres no le quitaban ojo de encima, mirándola con cierta expresión de angustia.

—¿Usted qué cree, señorita Nora? —susurró Luigi—. Usted es médico…

Nora llevaba consigo un pequeño estuche profesional porque tenía interés en examinar a la niña. La auscultó en silencio y comprobó cuidadosamente todas sus reacciones. Luego sonrió débilmente mirando a Luigi.

—En el aspecto físico la niña está bien —dijo—. No corre peligro y se repondrá pronto. Esta fiebre que la hace delirar, es puramente fortuita. Mañana se sentirá mejor.

—Sin embargo, usted está preocupada —susurró Luigi—. ¿Por qué?

—Es su mente lo que me preocupa. ¿Ha vuelto a decir algo acerca del hombre con sólo tres dedos y que sabe matar?

—Sí —dijo la madre.

Su voz era temblorosa.

—¿Qué es lo que ha dicho exactamente?

—No se lo podría repetir con las mismas palabras pero ha vuelto a hablar de ese hombre. Dice que él sabe matar y que matará. Y me ha dado la sensación de que mi pobre niña tenía mucho miedo.

—Nunca debí aceptar ese dinero —gritó Luigi—. ¡Nunca! ¡Han hecho con ella un crimen!

—Cálmese —musitó Nora—. Su vida no corre ningún peligro, y en cuanto a esa extraña frase de la mano de tres dedos que sabe matar, reconozco que me preocupa después de lo ocurrido, pero repito que su hija no corre ningún peligro. Y si cuando esté mejor aún sigue así con la misma idea, la curaremos mediante un

tratamiento adecuado. Para quitar esa clase de ideas fijas, hay remedios excelentes.

—En usted confío —susurró Luigi—. También el señorito Edward ha venido a verla, pero a él sólo le preocupa su experimento. De todos modos reconozco que es muy educado. Siempre nos pide perdón y no ha vuelto a molestar a la pequeña para nada. Sólo quería convencerse de que seguía bien.

Nora se puso en pie suspirando y abandonó su asiento a la cabecera del lecho.

—No deben inquietarse —repitió.

—La estamos muy reconocidos, señorita.

—Luigi… ¿usted conoció a mi tío Patrick cuando era joven todavía?

—No, señorita. Ya le expliqué que estuve trabajando en la facultad de medicina de Roma, y que fue allí donde aprendí a ayudar en las autopsias. Cuando yo entré al servicio de su tío, él ya estaba casado en segundas nupcias con la señorita Susan.

—Sí… ¡Qué tonta soy! No recordaba que usted mismo me lo explicó.

—Es natural. ¡Con tantas emociones!

—Voy a hacer una cosa. Luigi. Pediré a Edward que no vuelva a visitar a la niña y yo tampoco volveré. Así la dejaremos restablecerse en calma. Pero si ella hablara otra vez de ese hombre en cuya mano sólo hay tres dedos, o si dijera algo nuevo relacionado con eso, usted me lo cuenta inmediatamente. ¿Entendido?

—Sí, señorita.

—Denle alimentación normal y procuren que no se encuentre sola. Pero es necesario que a su lado estén ustedes, no personas extrañas. Otra cosa. Les dejaré un tocadiscos para que escuche música suave. Eso le ayudará a reponerse.

—Veo que tiene usted sistemas parecidos a los del doctor Edward.

—¿Por qué?

—Él también le hizo escuchar música en un tocadiscos antes de la operación. Dijo que eso la tranquilizaría.

—Y no se equivocó —susurró la muchacha.

Fue a salir de la habitación. Paseó una mirada indiferente por el

papel de la pared que había junto a la puerta. Su mirada daba la sensación de lejanía; diríase que no se fijaba en ningún objeto en concreto. Luego se volvió y dijo con voz tranquila:

—Quizá convenga que ella tome también algún tranquilizante. ¿Le recetó algo el doctor Edward?

—Sí, unos cuantos específicos. ¿Quiere verlos?

—Lo prefiero.

Luigi volvió con un par de tubos donde había pastillas. A Nora le bastó una ojeada a las fórmulas para saber de qué se trataba.

—Él ha tenido la misma idea que yo —dijo—. Son tranquilizantes muy suaves que le harán bien.

—¿Entonces debe tomarlos?

—No veo inconveniente. Pero, para mí, lo esencial es la tranquilidad. Debe sentirse acompañada sólo por ustedes. Eso y el cariño la favorecerá más que los medicamentos.

—Nunca. Nunca debimos consentir eso —murmuró Luigi—. Pero sus palabras nos alivian, señorita Nora. Usted presenta las cosas de un modo distinto.

—Quisiera pedirle un favor, Luigi.

—Diga.

—No tiene importancia…, pero quisiera saber qué personas pretenden visitar a la niña. Cualquier clase de persona, ¿comprende? Y cuáles son las que ella menciona, si es que habla de alguien.

—Lo haré; puede estar segura.

—Gracias, Luigi. No lo mencione a nadie.

La muchacha fue a salir, mirando de nuevo el papel que había junto a la puerta.

Y de pronto se detuvo. Parecía como si su corazón se hubiera paralizado también. Como si de pronto, fuese a caer a tierra.

CAPÍTULO IX

De un modo impulsivo, Luigi casi la sujetó. Sus ojos alarmados contemplaron a Nora.

—¿Qué le sucede? ¿Se siente mal?

Siguió la dirección de los ojos de la muchacha. Y de pronto vio el cuadro que ella estaba mirando.

—¿Qué le sucede? —musitó—. ¿Qué es lo que hay de particular en esta fotografía?

Porque se trataba de una vieja fotografía enmarcada. Tenía ese color gris, mortecino, que dejan los años y la suciedad de los diminutos insectos que se introducen por debajo del cristal. Era un grupo de unas diez personas, enfocadas de flanco. Es decir, se veían muy grandes las del primer término y pequeñas las últimas.

—Esa foto lleva muchos años ahí —susurró Luigi—. Estaba en la casa cuando nosotros entramos al servicio del señor Patrick. Y la hemos conservado, naturalmente, pero ni nos fijamos en ella.

—Sí, ya veo que lleva muchos años.

Bastaba mirarla para darse cuenta. No era sólo por su tono ya descolorido, sino por los uniformes que aparecían en ella. Tío Patrick, con las manos a la espalda, estaba en el centro del grupo, flanqueado a la izquierda y a la derecha por varios hombres que llevaban camisas negras y pomposos uniformes fascistas. Tío Patrick no lo usaba; él iba de paisano. Por el estilo de los uniformes y los gorros, se adivinaba que aquella foto había sido tomada el año 1937 o 1938, poco antes de la Segunda Guerra Mundial.

Pero no era eso lo que había llamado la atención de Nora. No era eso lo que la había hecho palidecer mortalmente, hasta dar la sensación de que iba a caer a tierra.

En primerísimo término había un hombre del cual la cámara sólo había tomado un gran plano, una parte de su cuerpo, concretamente la mano derecha, que tenía apoyada en la costura

del pantalón. Y aquella mano según podía apreciar claramente Nora, sólo tenía tres dedos. Los otros dos estaban amputados.

Con manos temblorosas, Nora descolgó la foto y retiró el marco y el vidrio, hasta dejar sólo la cartulina.

CAPÍTULO X

Si esperaba encontrar algo más, es decir si creía que el marco ocultaba una parte de la foto, tuvo un desengaño. Sólo se veía la mano en primerísimo término y la costura del pantalón en que se apoyaba. Más allá había otros dos hombres, también de paisano, de los que sólo se veía una parte. El cuarto hombre de la hilera, ya de uniforme, era el primero que se veía completamente.

Luigi murmuró:

—Le juro que nunca me había fijado en eso… ¡Es una foto tan antigua y tan borrosa! Debe de corresponder a una época en que el señor Patrick, por necesidades de sus negocios, tenía que estar a bien con las jerarquías fascistas. Oí decir que las autoridades de la Riviera le visitaban a veces, y que incluso cierta vez pasó aquí unas horas el propio Mussolini. Sí, esta foto ha de corresponder a aquella época.

Nora susurró:

—¿Conoce a alguien?

—No. Sólo al señor Patrick.

—Vamos a ver… —Nora intentaba reflexionar, precisar sus ideas —. Los tres primeros hombres no van de uniforme, entre ellos el de la mano mutilada. El fotógrafo no les prestó ninguna atención, es decir, al enfocarlos no le importó cortarlos. Eso significa que posiblemente se trataba de criados.

—Si —musitó Luigi—. Y fíjese en el pantalón donde reposa la mano. Es de una calidad muy mediocre.

—Entonces ese hombre ha existido —susurró Nora—. El hombre de los tres dedos… Y posiblemente se trata de un antiguo criado.

—Es… lo más razonable. ¿Qué hará? ¿Buscar a la policía?

—No, quiero hablar con alguien que en aquella época viviera en la casa. Por ejemplo con Teresa.

—¿La acompaño?

—Sí —musitó Nora—. Pero sólo hasta la puerta de su habitación. Desde lo de esta mañana, ya no pienso volver sola a ninguna parte.

—¿Y si el asesino fuera yo? —murmuró Luigi.

Nora le miró. Miró sus ojos profundos, negros, enigmáticos —ojos de siciliano—. Pensó que todo era posible en aquella diabólica situación.

Pero resolvió tener confianza.

—Acompáñeme —murmuró—. Si usted es el asesino tendré al menos una ventaja: que conoceré la solución del misterio de una condenada vez.

CAPÍTULO XI

La vieja Teresa se puso sus lentes para contemplar mejor la foto. La estuvo mirando largo rato, ante la ansiedad de Nora, pero al fin se la devolvió con un gesto de desesperanza.

—No —musitó—. No recuerdo nada.

—Pero usted estaba ya en la casa en aquella época…

—Cierto, y conocía a todos los criados, pero ninguno tenía parcialmente mutilada la mano derecha. Claro que entonces las cosas eran muy distintas a las de hoy,

—¿Distintas? ¿En qué sentido?

—Había mucha más gente trabajando para el señor Patrick. Tú has vivido en América y por eso quizá no sabes hasta qué punto el fascismo respetaba a los grandes señores, y las combinaciones no siempre limpias que éstos tenían con algunos de sus jefes y jefecillos. Bueno, aquello es agua pasada… Pero lo que quiero decirte es que tu tío, sobre todo por el hecho de ser un extranjero rico, gozaba de grandes privilegios. Entonces sus fincas eran mucho mayores, porque fue después de la guerra cuando empezó a vender parte de ellas. Podía tener un empleado de confianza, un capataz…, ¡cualquiera! que viviese fuera de la casa y al que yo no conociera. Algunos de los que estaban a sus órdenes habitaban a veinte kilómetros de aquí y sólo se presentaban en la casa una vez al año, con motivo de la fiesta patronal, pero entonces era imposible conocerlos a todos, con tanto jolgorio y tanta gente.

Los ojos de la vieja Teresa se habían nublado con los recuerdos. Todo aquello era tan sencillo, tan falto de interés en el fondo, era sin embargo su vida entera.

Nora le acarició la mano suavemente, mientras a ella también le dominaba una suave nostalgia.

—No te preocupes —susurró—. Debe de ser como tú dices.

—Poco te he ayudado, pero menos van a ayudarte los otros. Yo

soy la sirvienta más antigua que queda en la casa. Todas las demás se han ido dispersando.

—De todos modos me has sido muy útil.

—Yo sé que no. ¡Insisto en que entonces había tanta gente en la casa! Tú no puedes imaginarte qué era todo aquel trajín. La gente llegaba y se iba y muchas veces yo no sabía quiénes eran ni por qué estaban aquí. Y, como es natural, jamás se me ocurrió fijarme en sus manos.

—Lo comprendo.

—De todos modos es muy inquietante, muy inquietante esta fotografía.

—¿Por qué? ¿Es que piensas algo que no hayas dicho aún?

—Me trae a la memoria cosas que no tienen sentido. Son cosas de cuando tú eras muy niña.

—Cuéntamelas.

—No tienen importancia.

—Todo puede tenerlo en una oportunidad así, Teresa. Si hay algo que recuerdes, dímelo.

—No. Te aseguro que no tiene ninguna importancia… Es el clima, el ambiente de aquel tiempo. Luego todo se ha ido haciendo misterioso. Hay momentos en que la casa parece maldita. ¿Por qué no te vas de aquí?

—A veces, quisiera hacerlo, Teresa.

—Decídete. Puede que así escapes a un grave peligro. No sé, pero tengo un presentimiento.

Nora se puso en pie. No quería creer en los presentimientos de una vieja medio alucinada. No. Sólo le hubiera faltado eso.

Y sin embargo ella tenía razón. Todo había cambiado mucho. La casa parecía maldita…

—Me has ayudado mucho —dijo Nora con una sonrisa—. Algo averiguaré. No va a ser tan difícil.

Dobló la foto para guardarla mejor sin que nadie la viese. Acababa de tomar una decisión.

CAPÍTULO XII

Nora avanzó por el corredor. La mañana era clara y limpia; la atmósfera diáfana. Una de esas mañanas luminosas que han hecho fama a la Riviera entre los turistas nórdicos, que a lo largo del año sólo gozan de unos pocos días de sol.

Por el otro lado del corredor vio avanzar hacia ella a su tía Susan, la viuda de Patrick. Nora pensó que era admirable la belleza y la distinción de aquella mujer, que se conservaba pletórica de hermosura a su edad en que para otras se iniciaba indefectiblemente la cruel curva del otoño. Susan Amoreux llevaba un albornoz blanco entreabierto y unas zapatillas playeras; por entre los bordes del albornoz se divisaba parte de su cuerpo pujante, cubierto sólo por un diminuto bikini.

Nora susurró:

—Tía Susan…

—Hola, Nora. Pareces muy preocupada…

Nora desenrolló la fotografía que llevaba en la mano derecha.

—La tengo desde ayer. ¿Has visto tú antes esto?

Susan contempló la foto con una cierta expresión recelosa, entrecerrando los ojos.

—No… Es una fotografía muy antigua. A tío Patrick se le ve en ella enormemente joven.

—Ya sé. Pero lo que te pregunto es que si tú la habías visto antes alguna vez.

—No. Nunca.

Miró fijamente a Nora, con cierta sorpresa. Por lo visto no se había dado cuenta del detalle de la mano en primerísimo término. Como se la veía casi borrosa a causa del deficiente enfoque, para muchas personas podía pasar inadvertido.

—¿Qué te sucede, Nora? ¿Qué tiene que ver esta foto con lo que ha ocurrido aquí?

—Nada… Bien mirado, tú llegaste a la casa mucho más tarde. No puedes recordar cosas de aquella época.

—Cuando yo conocí a tu tío Patrick, después de la guerra mundial, esos uniformes ya no existían en Italia.

—¿Te habló alguna vez de alguno de sus empleados que sólo tenía tres dedos en la mano derecha?

Susan acentuó su gesto de extrañeza.

—No, nunca. ¿Por qué?

—Por nada. Es que… Bueno, quizá estoy un poco tonta esta mañana.

—Lo que tienes que hacer es distraerte un poco y vivir al aire libre —aconsejó Susan—. Parece como si en una casa tan alegre como ésta quisieras rodearte de sombras. ¿Por qué no vienes conmigo? ¿Sabes que tenemos playa privada?

—No, no lo sabía.

—A la casa se llega por detrás, por una carretera empinada que bordea el bosque, pero por delante los acantilados llevan hasta una playa pequeña que es exclusivamente nuestra. En plena estación veraniega llegan en barca algunos visitantes, pero casi siempre está solitaria. ¿Me acompañas? Te sentará bien.

—No he traído ropa para baño.

—No importa. Yo te prestaré. Ven.

La llevó a su habitación y abrió un monumental armario, frontero a aquel que se conservaban aún las ropas de tío Patrick. Una sección del armario estaba exclusivamente dedicada a ropas veraniegas. Susan escogió un minúsculo bikini azul.

—Me parece que tenemos las dos la misma medida aunque tú quizá seas un poco más ancha de caderas. Pruébate éste.

Nora se desnudó y se puso el bikini. Mientras, Susan la contemplaba fumando un cigarrillo.

—¿Qué te ocurre en la pierna? Tienes las dos muy bien formadas, y no se te nota externamente ningún defecto, mientras que los que han padecido polio suelen tenerlas mal construidas. ¿Has intentado probar algún tratamiento nuevo? ¡Si no fuera por esa leve cojera, serias una mujer maravillosa!

—La enfermedad que sufrí es muy cruel —susurró Nora—. Bastante suerte he tenido al llegar a ser una mujer casi como las otras.

El bikini sentaba maravillosamente a sus esculturales formas. Nora no era de esas mujeres a las que las prendas se le escurren sobre su cuerpo de anguila. Tenía una extraordinaria esbeltez, pero al mismo tiempo las curvas de un ánfora. Susan musitó:

—Menos mal que la playa estará solitaria. De lo contrario te raptarían.

—No es fácil. Ellos se bañan en otra, uno cuando amanece y otro al anochecer. Nunca he visto a unos primos tan distintos. Claro que he de reconocer que no llevan la misma sangre, y además tampoco se han criado juntos.

Abrió la puerta. Salieron al corredor solitario y luego al jardín delantero. La villa estaba construida con un lujo que a cada momento asombraba más y más a Nora. Muchos detalles en los que no se había fijado en los primeros días, le llamaban la atención al avanzar hacia las escaleras talladas en piedra que llevaban a la playa privada. Tío Patrick no sólo había sido un hombre fabulosamente rico, sino que además estuvo dotado de un extraordinario buen gusto. No había en la Riviera nada que pudiera compararse a aquella casa.

La playa privada era pequeña y quedaba casi oculta entre dos masas de rocas pero el agua moría mansamente en los bordes de una arena dorada y extrañamente fina.

Un embarcadero de tablas llevaba desde la playa hasta el centro de la pequeña bahía, cuyas aguas debían de ser muy profundas.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Nora.

—Oh, para muchas cosas… Para amarrar las lanchas en primer lugar. Después para practicar la pesca submarina, pudiendo uno hundirse enseguida a una buena profundidad, sin tener que partir desde la playa. Y los sirvientes enganchan ahí también las cestas para pescar langostas. Luego si te apetece, podremos retirar alguna.

—Resultará curioso. Eso no existe en Estados Unidos.

—Todo es muy distinto allí… Ven, vamos hasta el borde del embarcadero.

Mientras las dos mujeres caminaban, Susan musitó:

—¿Tienes miedo?

—No sabría decirte… Es una sensación extraña. Pero a veces pienso que no podré soportarlo.

—He pedido al notario que aplace un día o dos más la lectura

del testamento. No sé si te sabrá mal, porque ello te obliga a permanecer más tiempo aquí. Es que… bueno, no sé si te habrás dado cuenta de que después de lo ocurrido, no puedo soportar las formalidades legales ahora.

—¿Es que el testamento dice algo especial?

—¡Ni hay motivo para que lo diga! Pero ¡quién sabe! Todos ignoramos lo que en este testamento hay escrito. Lo normal, sin embargo, es que se nos nombre herederos a todos, y a mí en una proporción algo mayor que la vuestra. Nada de particular, por lo tanto. Lo único que ocurre es que ahora me marean todas esas cosas.

—Lo comprendo.

—¿Tú crees que Edward o Hans tienen algo que ver con lo ocurrido? —preguntó de repente Susan.

—No, claro que no. ¿Por qué habían de tener alguna intervención? Lo único que ocurre es que me siento intranquila… Todo el mundo me da una especie de miedo, incluso el inspector Gianini. Pero sobre todo Hans. Sus ojos son como el hielo.

—Yo también tengo la misma sensación —confesó Susan—, pero además me he dado cuenta de algo que no sé si tú habrás llegado a notar. Hans es de esos tipos que te desnudan con la mirada. A mí me ofende especialmente. No me importaría si yo fuese una mujer cualquiera con respecto a él, pero al fin y al cabo, aunque no llevemos la misma sangre, soy su tía. Te juro que cuando Hans se vaya me sentiré aliviada.

Las dos mujeres habían llegado al borde del embarcadero. Nora iba un poco detrás por la dificultad de mover la pierna. Se sentaron en las tablas introduciendo sus pies en el agua fría.

—Ahora está helada… —susurró—. Hasta setiembre u octubre no empieza a calentarse un poco. ¿Curioso verdad? Con el agua del Mediterráneo no sucede lo mismo que con la tierra. ¿Quieres que nademos?

—No. Estoy bien así.

—¿Te molesta la pierna para moverte en el agua?

—Sólo un poco.

Susan tocó perezosamente con el pie una de las cuerdas que sostenían las cestas de las langostas.

—¿Sacamos una?

—Bien…

—Esta misma.

La cesta estaba a gran profundidad. No se distinguía más que una pequeña mancha en el fondo azul de las aguas. Y había momentos en que el mar, al rizarse hacía que hasta aquella pequeña mancha resultara invisible.

Susan protestó:

—¡Cómo pesa!

—Debe de estar llena. ¿Es que pescan muchas langostas en una sola cesta?

—No, no es normal.

—Pues a lo mejor hemos tenido suerte.

Susan lanzó una carcajada.

—Mira que si tú y yo resultáramos las pescadoras más importantes de toda la costa…

Tiraron de la cuerda. En aquel momento alguien llamó desde el extremo del embarcadero:

—Eh, jovencitas…

Las dos volvieron la cabeza. Edward, moreno y juvenil, se acercaba corriendo sobre las tablas. Les hacía señales con el brazo. No llevaba más que un pequeño slip a rayas y en la derecha sostenía una escafandra de goma para bucear.

—¿Qué es eso? ¿De modo que robando la pesca, eh?

—Todo lo que hay en mi mar es mío —dijo alegremente Susan.

—¡Vaya! Ya tenemos aquí a la dueña del Mediterráneo. Ni Juan de Austria o el almirante Nelson pudieron decir tal cosa. ¿Y qué es lo que os cuesta tanto esfuerzo sacar?

—Desde luego nos cuesta esfuerzo. En esa cesta debe de haber al menos cinco langostas.

—A ver.

Edward tiró. La cesta subía rápidamente. Las dos mujeres miraban expectantes y alegres, olvidando por unos momentos sus problemas.

De pronto Edward que también reía, quedó serio.

Las mujeres le imitaron.

Fue como si todos hubiesen captado el impacto de una música lejana, amarga, densa.

El día parecía haberse oscurecido.

El mar parecía siniestro, más espeso.

Edward, con un soplo de voz balbució:

—¿Qué… es esto?

Porque dentro de la cesta estaba la cabeza cortada de un hombre.

¡¡La cabeza de Hans!!

* * *

Susan estuvo a punto de desmayarse. De pronto se apoyó en las tablas para no caer. Nora que también desfallecía, supo sin embargo ser fuerte y mirar con atención el increíble cuadro.

La cabeza de Hans debía de haber sido separada del tronco un par de horas antes, porque estaba espantosamente blanca y ya no quedaba en ella una gota de sangre. Ésta a su vez había tenido tiempo de diluirse en el agua, que parecía ya cristalina y pura.

Nora, cuya palidez parecía también mortal, sólo tuvo fuerzas para susurrar:

—¡Dios santo…!

—Lo menos lo han matado hace dos horas —murmuró Edward con voz espesa—. Han debido descuartizarlo aquí cerca, quizá sobre estas mismas tablas del embarcadero, y luego las han limpiado con barreños de agua del mar. Eso significa que el cuerpo se encuentra bajo las aguas.

Y añadió con voz ronca:

—Quizá los peces lo están devorando ahora…

—Todo eso es horrible —chilló Susan al borde del ataque de nervios—. ¡No puedo soportarlo más! ¡No puedo!

Parecía a punto de caer al agua. Pero al mismo tiempo se resistía, porque diríase que el agua le daba asco. Edward tuvo que sujetarla.

—Calma… No debes ponerte así, Susan. Nora ¿puedes acompañarla tú hasta la casa?

—Lo intentaré. ¿Y tú que vas a hacer?

—Avisar a la policía, naturalmente. Esto ya sobrepasa todo lo imaginable. Si no me diera vergüenza creo que yo también me pondría a chillar.

Echó a correr a lo largo de las tablas. Nora ayudó a sostenerse a Susan que parecía haberse mareado. Sus ojos no miraban a ninguna parte.

—Animo, Susan… Te llevaré a tu habitación y te prepararé algo reconfortante. Debes olvidar lo que has visto.

—¿Qué ha dicho Edward? ¿Qué llamaría a la policía?

—Desde luego. Ya ha ido corriendo a hacerlo.

—Oh, Dios mío…

—¿Qué ocurre?

—Esto puede ser un escándalo para la familia. Puede hundir nuestro crédito.

—Después de lo sucedido nuestro crédito ya es lo de menos —susurró Nora—. La policía tiene que intervenir.

—Pero podría haber algo en la habitación de Hans, algo que le comprometiera a él y a nosotros… Por favor. Quiero ver lo que hay allí. Aunque sólo sea dar una ojeada. No toleraré que la policía lo revuelva todo sin saber yo antes lo que va a encontrar.

Su tono era firme como si hubiera recuperado parte de sus energías. Nora se encogió de hombros, porque al fin y al cabo aquella petición le pareció razonable. Desde el punto de vista del honor familiar, no estaba de más echar un vistazo previo, para saber lo que iba a encontrar la policía.

Llegaron a la casa y penetraron en ella. Resultaba curioso ver a aquellas dos preciosas mujeres, sin más ropas que los diminutos bikinis caminando por los pasillos señoriales tan bien ornamentados. Los pocos criados que las vieron, se quedaron con la boca abierta. Seguro que aquella noche ninguno dormiría. Al llegar al primer piso, Susan empujó sin vacilaciones la puerta que correspondía a las habitaciones de Hans.

Ya en el primer instante, sólo al entrar allí, Nora tuvo la sensación de algo siniestro, de algo que, sin saber explicarse por qué, no le pareció normal.

La habitación estaba completamente en tinieblas.

Aunque las dos ventanas se hallaban abiertas, gruesas cortinas oscuras impedían el paso de la luz. La sensación de orden era perfecta, pero sin embargo allí había *algo* que helaba la sangre en las venas a Nora, sin que ésta pudiera precisar por qué. Casi al instante, al entrar en aquella habitación, sintió el incomprensible

deseo de huir, pero no se atrevió a hacerlo por vergüenza y por no dejar sola a Susan.

Ésta se dirigió al armario.

—Veremos lo que hay aquí…

De pronto, al abrir la gran puerta del mueble, todos sus miembros quedaron paralizados. Su boca se abrió, pero de ella no pudo surgir ningún sonido. Sus ojos reflejaron una terrible, una muda expresión de horror.

Nora se acercó instintivamente para ver qué era lo que había dentro del armario.

La expresión de horror, de incredulidad, asomó también a sus ojos. Durante unos instantes, los rostros de las dos mujeres parecieron estar cubiertos por la misma máscara. Porque lo que acechaba dentro del armario era como para helar la sangre en las venas de las dos.

Allí estaba la figura negra.

Allí aguardaba el enmascarado cuya mano derecha, enguantada mostraba dos dedos completamente lacios y tres en disposición de atacar. Un agudo cuchillo, como los que Nora ya conocía, brillaba en su mano izquierda.

Ninguna de las dos mujeres pudo lanzar un grito… ¡y de pronto el monstruo se movió!

La primera a la que atacó fue a Susan.

Parecía tener interés en liquidar pronto su horrible trabajo, porque el cuchillo fue directo al corazón de la mujer. Pero Susan con una agilidad que parecía venir del fondo de su horror mismo, esquivó el ataque, haciendo un quiebro de cintura, y la hoja pasó cerca, sin herirla.

A continuación dio un salto hacia atrás, colocándose muy cerca de la ventana. Su agilidad estaba centuplicada por su miedo. Nora se dio cuenta enseguida de que el asesino no lograría alcanzarla.

En cambio ella no parecía poder hacer lo mismo. Ella no se movía con tanta rapidez.

Pero el monstruo la ignoraba.

Parecía tener exclusivamente interés en acabar con Susan.

Trató de acorralarla, lanzó un nuevo golpe y la mujer dio un salto hacia atrás… para encontrarse con que ya no podía retroceder. ¡Estaba al borde de la ventana!

Nora, pensando ayudarla, había levantado un pesado candelabro de los que adornaban la repisa de la chimenea. En aquel momento, el asesino sin darle tiempo para nada, se lanzó a fondo otra vez… ¡y Susan entreabriendo las cortinas, se arrojó por el ventanal!

Nora oyó un leve grito y un choque. Pero no tuvo tiempo para dedicar su atención a aquello, porque ya el monstruo se había vuelto hacia ella. En aquel momento no había otra posible víctima en la habitación. Nora, con unas gotitas frías de sudor perlando sus sienes, vio acercarse el cuchillo a su pecho.

Quizá el mismo cuchillo que había matado a Hans. El que luego había servido para decapitarlo…

El candelabro aún estaba en su mano derecha. Lo arrojó secamente contra la cabeza del monstruo. El golpe fue violento, y el asesino, que no esperaba aquella reacción, quedó aturdido durante unos segundos. Nora los aprovechó para intentar llegar hasta la puerta.

Se asió al picaporte mientras el asesino parecía volar hacia ella. Bruscamente abrió y por sólo unos segundos no resultó alcanzada. La hoja de acero mordió la madera con un chasquido siniestro.

Nora cayó al pasillo. Su pierna había fallado otra vez. Gritó con todas sus fuerzas, mientras uno de los sirvientes de la casa aparecía a unos doce metros.

Por suerte para Nora, aquel sirviente no era un viejo ni un alfeñique. Se trataba de uno de los que hacían los trabajos rudos y cuidaban el bosque. Sobre ser un verdadero hércules, llevaba en las manos un hacha que acababa de afilar.

El asesino, que había aparecido en el umbral, dispuesto a asestar el golpe definitivo, se detuvo bruscamente y pareció calcular las posibilidades que luego tendría de huir si se entretenía un momento. El criado había empezado ya a correr hacia allí, lanzando un grito. El hacha oscilaba sobre su cabeza.

Bruscamente el asesino retrocedió. Por lo visto había llegado a la conclusión de que luego ya no le quedaría tiempo de huir.

Nora jadeaba, tendida en el suelo, mientras intentaba trabajosamente ponerse en pie.

El criado saltó sobre ella y entró en la habitación. Pero no vio ni rastro del monstruo, porque éste había saltado por una de las ventanas, la misma por la que antes saltara Susan.

Cuando el criado se asomaba por ella, Nora entró en la habitación.

—Se ha esfumado —gruñó el hombre.

—¿Y Susan?

El criado se la señaló. Se hallaba en el suelo, al parecer sin sentido, pero no debía de haber sufrido daños. Estaba de suerte porque casualmente debajo de la ventana situada en un primer piso, había un toldo de lona verde. En su caída debió de chocar con él y luego deslizarse hasta la hierba blanda de los parterres. Si estaba sin sentido era, sin duda, a causa del *shock*, no debido a una lesión seria.

De todos modos. Nora sin darse cuenta de que aún iba en bikini, volvió a salir de la habitación y corrió con toda velocidad hacia la puerta principal de la casa que correspondía a aquel toldo verde. Fue la primera en llegar hasta la inanimada Susan y en inclinarse sobre ella. Del asesino ya no se preocupó; sabía que por el momento iba a ser imposible encontrarle.

Susan abrió los ojos en aquel momento.

—¿Qué… ha ocurrido?

—Nada grave por el momento… El asesino no pudo alcanzarte al saltar tú por la ventana… Tuviste suerte de ese toldo porque de lo contrario no sé qué podría haberte ocurrido… ¿Cómo te sientes?

—Bien…

Susan estaba aturdida.

—Veo que no te has roto nada —musitó Nora—. Vamos, hay que entrar en la casa… La policía no tardará en llegar.

En efecto el inspector Gianini y tres de sus hombres llegaron muy poco después. Edward, que debía de haberles estado esperando en el cruce, les acompañaba. Todos parecían sudorosos y agitados.

Pero Gianini aún se puso a sudar más.

—¿Qué ha ocurrido? —balbuceó.

—Primero vaya al embarcadero —pidió Edward—. Allí está lo peor.

—Pero ha ocurrido algo más mientras tú estuviste fuera —susurró Nora—. Han tratado de matarnos.

Y explicó en breves palabras lo ocurrido. Edward parecía no comprender y en cuanto a Gianini, se le había secado el sudor de golpe.

—Hay que buscar a ese tipo —dijo—, aunque me temo que no vamos a hallarlo de ningún modo.

—¿Por qué de ningún modo? —masculló Edward—. ¡Tiene que estar en alguna parte!

—Sí —dijo sombríamente Gianini—. En su tumba. O al menos estaba allí.

—¿Pero qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

Gianini extrajo de uno de sus bolsillos un documento que llevaba doblado cuidadosamente.

—La orden de exhumación —gruñó—. A mí no hay quien me quite esa idea de la cabeza. Y les guste o no, voy a llevarla a efecto enseguida.

—Verdaderamente está loco —susurró Nora—. No es por ahí por donde va a descubrir algo, inspector.

—Es un detalle más en la lista de detalles que tengo que ligar —masculló Gianini—. Por sí sola la exhumación aclarará pocas cosas, pero unida a otros aspectos de la cuestión puede aclararlo todo. Por cierto, Nora, ¿dónde ha comprado ese bikini?

Edward tuvo que llevárselo casi a la fuerza de allí.

Lo que sucedió después —la búsqueda del resto del cadáver de Hans, el traslado de su cabeza, el trabajo de los expertos en huellas, los interrogatorios rutinarios— fue como una horrible pesadilla que pareció obsesionar a todos los habitantes de la casa.

Pero era una pesadilla que no había hecho más que empezar.

* * *

Estaba anocheciendo ya cuando Gianini llamó al juez y lo dispuso lodo para la exhumación del cadáver del señor Patrick. El cementerio de Imperia ya había sido cerrado al público a aquella hora, de modo que no era posible que nadie les viese. Para más seguridad, Gianini había colocado un par de *carabinieri* junto a la entrada. Susan, Nora y Edward eran los únicos familiares que iban a asistir a la macabra ceremonia. Las dos mujeres habían vuelto a vestirse de luto, llevaban altos tacones y medias negras. Gianini estaba tan nervioso mirándolas que dos veces estuvo a punto de caer en una fosa vacía, que los empleados del cementerio limpiaban

y blanqueaban con cal.

—Bueno, empecemos —gruñó al fin—. Si la cosa dura más tiempo, a mí me entierran esta noche.

Como la losa había sido colocada muy recientemente no costó levantarla. Casi daba la sensación de estar suelta, tanta fue la facilidad con que la movieron las palancas de hierro. Debajo aparecieron los dos ataúdes de bronce donde estaban los dos cuerpos.

Primero los sepultureros alzaron la tapa del correspondiente al cuerpo de la muchacha que Nora había traído desde Estados Unidos. Éste apareció ante los ojos de todos tan perfecto como si aún estuviera viva. Pero quizá por eso mismo causaba más impresión, más pena. Gianini hizo enseguida un gesto para que volvieran a ajustar la tapa.

—La otra —dijo.

Los sepultureros alzaron el ataúd del señor Patrick.

Y de pronto lanzaron una exclamación. Gianini estuvo a punto de caer al fondo de la fosa. Nora y Susan lanzaron un gemido.

¡Porque el ataúd estaba vacío! ¡Porque ningún cadáver reposaba allí!

* * *

Nora paseaba lentamente bajo la luz de la luna por las tablas del embarcadero. Llevaba las manos unidas a la espalda y arrastraba levemente su pierna enferma. Unos finos pantalones y una blusa se amoldaban a su figura perfecta, que a la luz de la luna, destacaba con una belleza casi irreal. Gianini a su lado se sentía cada vez más nervioso.

—Como le decía, señorita Patrick —murmuró siguiendo el hilo de sus explicaciones—, no hemos encontrado en este embarcadero ninguna huella que nos ayude a resolver el misterio. Sin embargo la cosa ahora ya está clara o mejor dicho está más confusa que nunca. En fin entiéndame… Lo que quiero decir es que podemos examinar los hechos desde un nuevo punto de vista. Por lo que fuera, su tío Patrick no murió realmente. Estaba vivo cuando se le introdujo en el ataúd.

—No diga tonterías —musitó Nora.

—No es la primera vez que eso ocurre. Si yo le explicara… En época antiguas, en la ciudad de Imperia…

—Déjese de épocas antiguas. Yo soy una persona dedicada a la ciencia. Y yo misma embalsamé el cuerpo del difunto.

—Eso es lo que no me explico —susurró Gianini—. Que usted lo haya hecho. Con esas manos… con esas piernas…

—Yo no embalsamo con las piernas —advirtió Nora.

—Bueno, es igual. El hecho es el hecho, qué caramba… —Y de repente preguntó—: ¿Usted sería capaz de embalsamarme a mí?

Nora le miró fija y fríamente, como si tomara ya medidas de su cuerpo.

—¿Por qué no? —susurró al fin.

—Diablos, eso resulta…, bueno, muy desalentador —murmuró Gianini, nervioso como un flan—. En primer lugar, para que usted me tocara con sus manitas yo necesitaría estar muerto y entonces ya no valdría la pena… En segundo lugar… ¡Nora! ¿Porque no es usted una mujer como las otras? ¿Por qué tiene en sus ojos esa mirada que hiela la sangre, pero que…, pero que le hace arder a uno?

—Porque quizá ningún hombre me ha comprendido —dijo Nora enigmáticamente.

Gianini empezó a animarse. Si en aquel momento le llegan a arrojar al agua ni lo nota.

Pero en aquel momento alguien llamó desde el otro lado del embarcadero, desde la playa.

—¡Inspector Gianini…!

Era un *carabinieri*. El inspector lanzó una maldición.

—¿Qué querrá ese pesado ahora?

—¡El ministro del interior quiere que le llame usted enseguida por teléfono! —gritó el *carabinieri*—. ¡Desea que usted le explique personalmente lo que está ocurriendo aquí!

—El mi… ministro —balbuceó Gianini—. ¡Según lo que yo le diga es capaz de destituirme!

Y salió corriendo hasta perderse en la oscuridad de la playa.

Nora quedó sola.

Siguió caminando lentamente, pesadamente, sobre las tablas húmedas, mientras la luna arrancaba reflejos siniestros e irreales al mar, pareciendo un lago negro.

No se daba cuenta de su propia soledad.

No llegaba a advertir el silencio que la envolvía.

Tampoco llegó a ver aquella figura negra, monstruosa, que de pronto parecía brotar en el borde mismo del embarcadero.

Alguien que había estado oculto bajo las tablas con medio cuerpo hundido en el agua acababa de surgir ahora y subía silenciosamente al embarcadero a espaldas de Nora. Ésta, en el caso de verlo, hubiera lanzado un grito de horror, pero no lo divisaba. Ni tampoco lo oía. La noche, en silencio, los envolvía a los dos como un sudario.

El misterioso ser que había aparecido a espaldas de Nora, vestía un impermeable negro, sombrero también negro y una máscara del mismo color. Resultaba increíble ver surgir un personaje así del agua, pero la situación se aclaraba al pensar que podía haber llegado hasta allí mojándose sólo medio cuerpo, sin nadar, simplemente sujetándose al borde del embarcadero.

Nora no llegó a verlo.

De pronto el misterioso aparecido le propinó dos secos golpes en la nuca. Nora cayó de bruces sobre las tablas y quedó exánime, sin sentido, sin darse cuenta de nada. El fantasma la sujetó por los pies y la lanzó al agua negra. El cuerpo de la muchacha se hundió silenciosamente.

Una risita seca, nerviosa, surgió de debajo de la máscara.

Luego el monstruo vio que una nube negra cubría la luna enseguida y avanzó por el embarcadero seguro de que nadie lo vería ya. Luego se ocultó entre la vegetación contigua a la playa. Llegó en silencio a la casa y trepó hasta una ventana del primer piso.

Ésta se hallaba abierta. El monstruo penetró sin preocuparse del ruido. Susan que estaba en el centro de la habitación, encendiendo un cigarrillo, lo siguió sin que su pulso temblara lo más mínimo, sin que se alterara un solo instante. Luego exhaló una bocanada y miró al recién venido.

—Quítate eso enseguida… —susurró—. Habrás tenido que estar mucho tiempo bajo el agua…

El monstruo dejó de serlo en pocos segundos. Es decir, se desprendió de todos sus ropajes siniestros, de todos aquellos elementos negros que lo convertían en una figura de pesadilla. Lo

último que se quitó fue la máscara. Y debajo de ella apareció el rostro de Edward.

Susan dejó caer el cigarrillo. Se acercó a él.

Sus labios temblaban, sus ojos aparecían ebrios de pasión.

Los dos se besaron.

—Edward…

—Susan… Adorada Susan…

Por fin ella tuvo fuerzas para susurrar:

—¿Lo has conseguido?

—Sí. Ya empezaba a creer que no la mataría nunca… Siempre se escabullía la maldita, pese a ser coja.

—¿Parecerá un accidente?

—Eso es lo que he buscado para evitar tantos crímenes comprobados. La he hundido en el agua cuando estaba sin sentido. Se ahogara y parecerá que ha resbalado casualmente, golpeándose con las tablas al caer.

Luego Edward recogió el cigarrillo que ella había lanzado antes, dio una chupada y lo introdujo en la boca de Susan, que aspiró voluptuosamente.

—Me parece increíble… —musitó ella—. Los dos libres… Ya no queda nadie. Mañana cuando se lea el testamento, la fortuna nos corresponderá a nosotros dos. ¡Nosotros dos solamente!

—Y nadie sospechará —musitó Edward—. Los crímenes se imputarán a un hombre que sólo tiene tres dedos, y que en realidad existe. Se trata como te dije de un viejo criado de confianza de Patrick que fue despedido y desde entonces vive en las cuevas de las cercanías. Es una especie de salvaje, del que se puede creer cualquier cosa. Además había jurado que se vengaría de Patrick y los suyos. En el momento oportuno, cuando se le detenga y juzgue, habrá gente que recuerde eso.

Añadió lentamente:

—Se ha hablado en los periódicos de todo el mundo, de experimentos para trasladar a una persona la memoria de otra muerta, mediante la inoculación o trasplante de algunas de sus células cerebrales. Naturalmente, eso no es aún nada más que un experimento, una hipótesis. Pero, yo basándome en mi cualidad de científico, convencí al médico que había de operar a la hija de Luigi, y le hice un pequeño trasplante que no significa nada y no la

va a perjudicar ni a favorecer. Previamente y bajo los efectos de una inyección que anula las reservas mentales y el instinto de defensa en las personas, yo le había hecho escuchar a solas un disco grabado exprofeso y en el que se decía que un hombre con sólo tres dedos en una mano había matado a Leonardi y que ese hombre volvería a matar… La pequeña recordaría aquello después de la operación y lo iría repitiendo como un descubrimiento suyo. En realidad fue la muerte accidental de Leonardi lo que me dio esa idea. Y me puse a trabajar enseguida, con una rapidez que me sorprendió a mí mismo.

Acarició ávidamente a Susan, sentándose a su lado y continuó:

—Todo eso me permitiría señalar a la policía un asesino que posteriormente no podría defenderse, y me dejaba a mí campo para matar con libertad. Aunque todos creen que tú y yo nos habíamos conocido personalmente hace muy pocos días, somos amantes desde hace tres años, desde que viniste a Oxford con Patrick. ¡Cuántos viajes no he hecho yo a Génova en secreto para poder vernos allí! ¡Y cuántas veces no te has escapado tú a Londres!

Se besaron en silencio otra vez, mirándose apasionadamente a los ojos.

—Aparentemente nadie conocía el testamento de Patrick, pero tú sí —prosiguió él suavemente—. Era sencillo: partes iguales entre todos, con la mención especial de que la porción de los que muriesen se repartiría entre los demás. Pero la fortuna de Patrick era lo bastante grande para pensar en poseerla entera y pronto. Por eso lo envenenaste lentamente, de acuerdo conmigo. Fue una obra de arte, ¿eh? La policía no ha sospechado nada.

—Ni sospechará, mi vida.

—Luego había que eliminar a Hans y a Nora, así como al banquero Pavolini, que por excepción y como gratitud de Patrick a la ayuda que le prestó en sus comienzos iba a gozar de una considerable parte de la herencia. Liquidarlo no me costó demasiado, aunque tuve que hacer lo mismo con la muchacha que le acompañaba. Fue una sorpresa. No esperaba que el viejo cerdo siguiera viviendo así. Allí también estuve a punto de matar a Nora, pero fracasé como había fracasado en su dormitorio. De día yo llevaba guantes con dos dedos atados a la mano derecha, de modo que sólo se vieran los otros tres, y de noche me pintaba de negro los

que no quería que se me viesen. Todo resultaba perfecto, así como el usar zapatos de Patrick, todos iguales. Pero no podía exterminar a Nora…

Suspiró con satisfacción, con alivio mientras pasaba una mano sobre los hombros de Susan.

—Al fin está todo terminado. Y lo de Hans…

—Lo de Hans me impresionó mucho —susurró ella—. Aunque lo esperaba, ver su cabeza llegó a marcarme. Por poco caigo al agua…

—Eso acentuó aún más tu sensación de inocencia. Fue perfecto. Como el traer luego a Nora a la habitación del muerto, donde yo, fingiendo ir a avisar a la policía ya os esperaba. Al atacarte a ti primero y obligarte a saltar por la ventana, te libraba además de toda sospecha. Pero el toldo ya estaba preparado para que la caída no fuese violenta…

Rió otra vez breve y silenciosamente.

—Ahora ya está todo resuelto, pequeña… No debemos preocuparnos más. Sólo faltaba la estúpida inspiración de Gianini para complicarle más las cosas y alejar de nosotros toda sospecha. Él está convencido de que esos crímenes tienen algo que ver con el muerto…

Susan rió también, pero sin ganas. De pronto una sombra negra parecía cubrir sus ojos.

—En eso exageraste. Edward.

—¿Exagerar en qué?

—En sacar el cadáver de su ataúd. No era necesario.

Edward la miró fijamente. Por unos momentos sus ojos tuvieron una expresión incrédula y extraña. Luego susurró:

—Yo no lo hice.

—¿Qué…?

—Creí que lo habías hecho tú Susan. En realidad no habíamos tenido ocasión de hablar de eso. Cuando he visto esta tarde el ataúd vacío, por poco me desmayo…

—Edward… yo no hice una cosa así.

Edward apretó los labios. Sus ojos estaban turbios.

Los dos se miraron. Y los dos sintieron que el frío llegaba hasta el fondo de sus venas.

CAPÍTULO XIII

Susan había encendido varios cigarrillos uno tras otro. A pesar de tener las ventanas abiertas, la atmósfera dentro de la habitación era espesa, casi irrespirable.

Pero mucho más irrespirable era su atmósfera interior, la tensión casi irresistible de sus nervios. Desde que se había separado de Edward, la idea le martillaba en su cráneo una y otra vez: «Él no lo ha hecho… Él no lo ha hecho… ¡Él no lo ha hecho!».

¿Pues entonces quién?

¿Quién había sacado a Patrick de su tumba?

¿O quizá había salido solo?

Absurdo, ridículo… ¡Increíble! No había ni que pensar en eso.

Pero la idea estaba allí, torturándola lentamente. La idea era como un veneno para ella que no lograba arrancar de su sangre. La duda le hacía dar vueltas y más vueltas fumando los cigarrillos sin casi darse cuenta de que los tenía en la boca. ¿Pero qué le sucedía? ¿Es que iba a empezar a creer en fantasmas, es que iba a asustarse ella, que precisamente había montado todo aquello para asustar a los demás?

Pero la duda no le dejaba vivir.

Necesitaba resolver aquello.

No iba a ir ahora al cementerio; en parte porque no se atrevía y en parte porque no hacía falta. Pero sí quería ver algo en el armario de las ropas de Patrick. Aunque todos los zapatos de éste eran iguales, efectivamente ella conocía muy bien el par con los cuales había sido enterrado. Era un par con un pequeño adorno en piel de cocodrilo, cosa que los otros no tenían. Quería saber si aquellos zapatos estaban ahora con los demás.

¡Pero todo aquello era ridículo!

¿Por qué razón iban a estar?

Sin embargo, el cerebro humano tiene extraños mecanismos

para defenderse, y éste era uno de ellos. Susan sabía que los zapatos no iban a estar en el armario. Sabía que en cuanto comprobara esa circunstancia, se sentiría más tranquila. Por tanto le pareció necesario ir cuanto antes a comprobar aquello.

Desde que enviudó, ella no dormía ya en la que había sido su habitación conyugal, sino en otra muy próxima. Por tanto no tuvo sino que salir al pasillo y abrir la puerta contigua. Todo estaba silencioso y oscuro. Los criados se habían retirado ya un par de horas antes, y en la casa imperaba la calma de la noche.

Susan pensó en lo que ocurriría a la mañana siguiente, cuando los primeros pescadores de bajura encontrasen flotando en las aguas el cuerpo de Nora. Pero no había que pensar en eso por el momento. Las cuatro lagrimitas que se vería obligada a derramar serían la última comedia.

Encendió las luces y abrió el armario. No miró a ninguna parte más. Sus ojos recorrieron las largas hileras de zapatos, todos iguales y todos impecables, hasta que de pronto lanzó un gemido sordo.

Aquéllos estaban allí.

Los de los pequeños adornos de piel de cocodrilo yacían con los otros. Eran los zapatos con que Patrick fue enterrado. ¡Estaba segura!

Susan sintió como un mazazo en el cráneo.

Sus labios temblaban, y se oía en el silencio de la habitación el castañear de sus dientes. No se dio cuenta de que sus dedos, llenos de terror, se crispaban en el aire.

Susan retrocedió poco a poco, como hipnotizada.

Su corazón parecía haber dejado de latir.

Sentía en la espalda el frío de la muerte.

De pronto sus rodillas chocaron con algo y se dio cuenta de que sin advertirlo, había retrocedido hasta llegar al lecho. Abrumada, rendida, sin fuerzas, se dejó caer en él. Estaba a punto de perder el sentido. Todo daba vueltas en torno suyo.

Pero de pronto sintió como un pinchazo en sus nervios.

De pronto todo en ella se puso alerta, todo vibró.

¡Había alguien junto a ella!

¡Alguien estaba junto a ella!

Susan volvió la cabeza, y entonces vio el impermeable negro, el sombrero del mismo color, la máscara siniestra. La inesperada

visión le produjo un *shock* insoportable, y tuvo que echar la cabeza hacia atrás. Su garganta quedó al descubierto.

—No… —balbució—. Noooo…

Pero no tenía fuerzas, no podía luchar, no podía vivir tan siquiera. Dos manos enguantadas aferraron su cuello. Apretaron cruelmente. En el último segundo ella intentó gritar, luchar…

Todo fue inútil.

Aquellas manos la estrangulaban.

La mataban lentamente.

CAPÍTULO XIV

Las dos manos enguantadas soltaron bruscamente el hermoso cuerpo. Éste resbaló del lecho, inerte, sin vida, y cayó sobre la alfombra como una muñeca desmadejada y rota.

Luego el monstruo, el extraño fantasma vestido de negro, miró en torno suyo.

Nadie lo había visto.

Nadie lo descubriría.

Una leve risita sonó bajo la máscara, y ésta fue retirada. Las facciones de Edward aparecieron a la luz.

Miró con sorna el cadáver que casi rozaba sus pies.

—¿Creíste que tú te librarías, estúpida? —musitó en voz audible, hablando para sí mismo—. ¿Qué necesidad tenía de ti, si ya todo está hecho? ¿Es que pensaste que te quería? ¿No te diste cuenta jamás, hermosa imbécil, de que tú me parecías el mejor camino para llegar a la fortuna de Patrick?

Se acercó al armario abierto. Sus facciones estaban tranquilas. En sus ojos no había la menor emoción.

—No tengo por qué compartir la fortuna contigo, cuando toda puede ser mía —susurró—. La verdad es que hasta el último momento había pensado que serías más lista…

Consultó su reloj.

Eran las tres de la madrugada. Una magnífica hora para hacer desaparecer el cadáver entre los acantilados, con un peso atado a los pies. El lío que organizaría el inspector Gianini iba a ser sensacional. Por supuesto al no ser hallada Susan, no le sería entregada por el momento su parte de la herencia, pero Edward podía permitirse el lujo de esperar ocho años, diez… Era como tener el dinero ahorrado. Ya llegaría el momento de disfrutarlo.

Miró las hileras de los zapatos.

—Algo la ha asustado aquí… —balbució también en voz alta—.

Y la verdad es que no lo comprendo. ¿Qué sería?

—Los zapatos que llevaba el muerto al ser sepultado —susurró una voz a su espalda—. Eso fue lo que la asustó.

Edward sintió como un calambre.

Se volvió bruscamente hacia el centro de la habitación y allí quieta mirándole, vio a… ¡a Nora!

CAPÍTULO XV

El asombro de Edward fue total, absoluto. La sorpresa hizo que todo su cuerpo sufriera una sacudida. Lanzó un grito sordo, creyendo sufrir una pesadilla.

—No…, no puede ser —gimió.

—Sí que puede ser —dijo Nora lentamente—. Y te advierto ya desde el primer momento que no soy una aparición. Un hombre que me vigilaba y me protegía sin yo saberlo, me sacó del agua.

Señaló con el mentón a un lado de la pieza, donde estaba la puerta que comunicaba con el cuarto de baño. Esa puerta acababa de abrirse. Y en ella se recortaba la figura de un hombre joven a quien Edward reconoció como un brillante médico de la ciudad: el doctor Cesari.

—Empecé a sospechar que el hombre de los tres dedos existía realmente, ya desde el principio —musitó Nora con voz pausada, sin impresionarse por el cadáver que tenía tan cerca—. Tuve un sueño que me recordaba mi infancia. ¡Alguien que sólo tenía tres dedos, me había acompañado una vez! O era tío Patrick o era alguien que gozaba entonces de la confianza de éste. Pero habían transcurrido bastantes años, y por tanto, ese hombre, fuera quien fuese, tenía que ser ya una persona de edad. El modo como me persiguió y trató de matarme la primera noche era propio de un hombre joven, de modo que comprendí que allí había algo que no marchaba. Traté de averiguar dónde estaba y quién era el hombre de los tres dedos, pero no pude conseguirlo hasta que le conté mi sueño a Cesari.

—¿Qué puede saber él? —gritó Edward—. ¡Ni siquiera tendría entonces ocho o diez años!

—Cierto, pero tiene en su hospital gratuito, desde hace cuatro días, a un hombre medio loco que hace largo tiempo sirvió en esta casa, y cuya mano derecha mutilada tiene tres dedos. Entonces lo

comprendimos todo. Comprendimos también que él no podía haber cometido ningún crimen. Todo esto ha sucedido hace poco, después de sacarme él del agua.

Edward apretó los puños. El nerviosismo le dominaba. Estaba a punto de gritar, de saltar, de hacer una locura.

Todo aquello le parecía increíble. Tenía la sensación de que el destino se estaba burlando de él.

—Pero tu actitud ya fue muy rara desde el principio, Nora —balbució—. Parecía ya como si tú sospechases…

—Y así era.

—¿Por qué? ¡Tú no tenías ningún motivo!

—Cuando tío Patrick me escribió con tanta urgencia pidiendo que viniese, yo ya recelé. Al embalsamar su cuerpo hallé restos de veneno en el hígado. Eso me hizo comprenderlo todo. Por eso tío Patrick había pedido una cosa extraña: que lo embalsamara yo misma. Sabía que los médicos considerarían su muerte como natural, y que por tanto, no realizarían ninguna autopsia y ninguna investigación. En cambio yo, la única persona en quien podía confiar, sospecharía algo, haría indagaciones, buscaría la verdad… Y ahora esa verdad ha surgido, Edward. Hay muchas cosas que aún no sabemos, pero las dirás tú cuando te interroguen o las averiguaremos ligando detalles. Más valdrá que te entregues si no quieres morir…

—¿Fuiste tú quien sacó su cuerpo del ataúd? —murmuró Edward—. ¿Por qué?

—Porque sospechaba de Susan y quería emplearlo para aterrorizarla, pero no fue necesario. Las cosas se han precipitado. ¡Y ahora entrégate, Edward!

En realidad Edward sólo había hecho aquella pregunta para tratar de distraer su atención. Le pareció, de pronto, que era el momento de actuar. ¡Y saltó!

Lo hizo sobre Nora, porque sabía que ella era más débil y no podía apoyarse más que en una pierna. Pero su sorpresa fue increíble, cuando Nora levantó ágilmente primero la derecha y luego la izquierda, propinándole dos terribles puntapiés al estómago. Anhelante, con la respiración cortada se quedó mirándola sin poder creerlo.

—Mi parálisis infantil está curada hace muchos años —aclaró la

muchacha— pero me convenía aparecer indefensa. Me convenía para sorprenderte… ¡cuando llegara un momento así!

Edward giró rápidamente. Nunca en su vida se había visto tan asombrado y deshecho. Trató de ganar la puerta, pero un gancho de Cesari lo envió volando al lado opuesto de la pieza. Sus labios lanzaron una bocanada de sangre.

Con ojos desorbitados, Edward buscó la huida. No podía llegar hasta la puerta porque Cesari le cortaba el paso, y se había dado cuenta ya de que no podía luchar contra unos puños demoledores. Sin embargo, de pronto, los ojos desencajados de Edward vieron algo que estaba junto a él. ¡La ventana! ¡La ventana abierta! ¡Correspondía al mismo sector de la casa, de aquélla por la que había saltado Susan, y todos los toldos de aquel lado estaban tendidos!

¡Sin duda podría salvarse! ¡Aún lograría huir!

Ahora ya nada le importaba, excepto salvar la piel. Ya nada tenía significado para Edward, excepto su miserable vida.

Tomando impulso antes de que Nora o Cesari lograsen impedirlo, saltó. Se oyó su cuerpo rasgar el vacío. Luego un alarido brusco y un no menos brusco choque.

Cesari, lentamente, se acercó a la ventana. Impidió con un gesto que Nora viese el cuerpo roto, inmóvil de Edward al pie de la casa.

—La misma Susan había dispuesto, poco antes de que la mataran, que los toldos fueran retirados —musitó Cesari—. Indirectamente ha sido su venganza…

Notó que Nora se apoyaba en él. Notó que la muchacha vacilaba. Ahora, después de haber pasado tanto, le fallaron las fuerzas. Ahora, cuando ya todo había terminado al fin, volvía a ser una débil mujer que pedía ayuda.

Cesari le pasó lentamente la mano por la espalda, sosteniéndola y acariciándola a la vez.

—Lo siento por el inspector Gianini —dijo suavemente.

—¿Por él? ¿Y por qué?

—De las dos mujeres que le gustaban una ha muerto y la otra se va a casar —musitó—. ¿O no es cierto?

Nora no contestó.

Pero sus ojos, donde volvía a palpitar un poco de vida, eran como una promesa.

Ya no se sentía rodeada de muerte, sino de vida. Aquella lejana pesadilla había dejado de existir.

Se apoyó en el hombre.

Y éste dijo con voz opaca:

—Sólo una cosa mala habrá en nuestra boda, cuando ésta se efectúe.

—¿Cuál? —preguntó Nora con una voz donde volvía a palpitar la ilusión.

—Que no podremos venir de luna de miel a la Riviera italiana…

FIN



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.